

Gotthold Ephraim Lessing
Emilia Galotti

PERSONAJES

EMILIA GALOTTI

ODOARDO y CLAUDIA GALOTTI, padres de Emilia

HETTORE GONZAGA, príncipe de Guastalla¹

MARINELLI, camarlengo del príncipe

CAMILLO ROTA, uno de los consejeros del príncipe

CONTI, pintor

EL CONDE APPIANI

LA CONDESA ORSINA

ANGELO y algunos criados

¹ Ciudad junto al Po, al norte de Parma.

ACTO PRIMERO

La escena representa un gabinete del príncipe.

ESCENA PRIMERA

El príncipe, El ayuda de cámara

EL PRÍNCIPE (*sentado en una mesa escritorio cubierta de documentos y papeles, mira algunos de ellos*).—¡Quejas, peticiones! ¡Nada más que quejas y peticiones! ¡Qué asuntos tan tristes! ¡Y todavía nos envidian! Claro, si pudiéramos ayudarles a todos, entonces sí que podrían envidiarnos... ¿Emilia? (*Al abrir una de las peticiones y ver la firma.*) ¿Una Emilia? Pero una Emilia Bruneschi..., no Galotti. ¡No Emilia Galotti! ¿Qué quiere esta Emilia Bruneschi? (*Lee.*) Esto es mucho pedir; muchísimo... Pero se llama Emilia. ¡Concedido! (*Firma y hace sonarla campanilla; entra un AYUDA DE CÁMARA.*) Todavía no debe de haber ninguno de los consejeros en la antesala, ¿verdad?

EL AYUDA DE CÁMARA.—No.

EL PRÍNCIPE.—Me he levantado demasiado temprano... Hace una mañana espléndida. Me apetece salir. Quiero que me acompañe el marqués de Marinelli. Hazle llamar. (*EL AYUDA DE CÁMARA sale.*) No puedo seguir trabajando... Estaba tan tranquilo, o imagino que estaba tan tranquilo... y de pronto una pobre Bruneschi tiene que llamarse Emilia... se me acabó la tranquilidad, ¡y todo!

EL AYUDA DE CÁMARA (*entrando de nuevo*).—He enviado a llamar al marqués. Acaban de traer una carta de la condesa Orsina.

EL PRÍNCIPE.—¿De Orsina? Déjala ahí.

EL AYUDA DE CÁMARA.—Su lacayo está esperando.

EL PRÍNCIPE.—Ya le enviaré la respuesta, si la quiere... ¿Dónde está? ¿En la ciudad o en su villa?

EL AYUDA DE CÁMARA.—Ayer vino a la ciudad.

EL PRÍNCIPE.—Peor... mejor, quería decir. Así todavía es menos necesario que espere su lacayo. (*EL AYUDA DE CÁMARA sale.*) ¡Mi querida condesa! (*Con voz amarga, cogiendo la carta.*) ¡Como si ya la hubiera leído! (*La deja de nuevo.*) Pues, sí, creí haberla amado. ¿Qué no es capaz uno de creer? Es posible que incluso la haya amado de veras. Pero... ¡ha pasado!

EL AYUDA DE CÁMARA (*entrando de nuevo*).—El pintor Conti solicita la gracia...

EL PRÍNCIPE.—¿Conti? Muy bien, que pase. Me hará pensar en otras cosas. (*Se levanta.*)

ESCENA SEGUNDA

Conti, El príncipe

EL PRÍNCIPE.—Buenos días, Conti. ¿Qué tal está? ¿Cómo va el arte?

CONTI.—Príncipe, el arte también ha de ganarse el pan.

EL PRÍNCIPE.—Esto no puede ni debe ser... por lo menos en mi pequeño país... Pero el artista también debe querer trabajar.

CONTI.—¿Trabajar? Éste es su placer. Sólo que si debe trabajar demasiado, puede que llegue a no merecer el nombre de artista.

EL PRÍNCIPE.—No quiero decir en muchas cosas, sino mucho: en pocas cosas, pero con ahínco... Supongo que no vendrá con las manos vacías, ¿verdad, Conti?

CONTI.—Le traigo el retrato que me encargó, señor. Y traigo otro que no me encargó, aunque merece la pena que lo vea.

EL PRÍNCIPE.—¿Cuál es? Apenas puedo acordarme...

CONTI.—La condesa Orsina.

EL PRÍNCIPE.—¡Cierto! Sólo que el encargo es de algún tiempo atrás.

CONTI.—Nuestras bellas damas no están todos los días disponibles para la pintura. En los últimos tres meses, la condesa se ha dignado posar exactamente *una vez*.

EL PRÍNCIPE.—¿Dónde están los cuadros?

CONTI.—En la antesala, voy a buscarlos.

ESCENA TERCERA

El príncipe

EL PRÍNCIPE.—¡Su imagen! ¡Bueno! Su imagen no es ella misma. Tal vez vuelva a encontrar en la imagen lo que ya no veo en la persona... Aunque no quiero encontrarlo de nuevo. ¡Qué inoportuno, el pintor! Me atrevería a pensar que ella le ha sobornado... ¡Y aunque así fuera! Si otra imagen, pintada con otros colores, en otro fondo..., quiere hacerle de nuevo un lugar en mi corazón... realmente creo que me satisfaría. Cuando la amaba, me sentía siempre tan plácido, tan alegre, tan desenvuelto... Ahora soy todo lo contrario... Pero no, ¡en modo alguno! Más agradable o menos agradable, así estoy mejor.

ESCENA CUARTA
El príncipe, Conti

EL PRÍNCIPE (*con los cuadros, apoya uno de ellos en una silla, del revés*).

CONTI (*mostrando el otro*).—Le ruego, príncipe, que considere los límites de nuestro arte. Gran parte de lo más cautivador de la belleza queda fuera de sus fronteras... ¡Colóquese así!

EL PRÍNCIPE (*tras observarlo brevemente*).—¡Magnífico, Conti... realmente magnífico! Lo digo por su arte, por su técnica... ¡Pero favorecida, Conti, infinitamente favorecida!

CONTI.—El original no parecía ser de esta opinión. En realidad tampoco ha sido más favorecida de lo que debe favorecer el arte. El arte debe pintar como la naturaleza plástica² —si es que existe alguna— concibió la imagen: sin perder aquello que la materia hace perder inevitablemente al oponer resistencia, sin el deterioro con que el tiempo la combate.

EL PRÍNCIPE.—El artista que reflexiona tiene doble mérito... Pero el original, dice usted, que a pesar de ello...

CONTI.—Perdóneme, príncipe. El original es una persona que merece mi más alta consideración. No he querido decir nada desagradable de ella.

EL PRÍNCIPE.—¡Lo que usted considere oportuno! Y ¿qué dijo el original?

CONTI.—Estoy satisfecha, dijo la condesa, si no parezco más fea.

EL PRÍNCIPE.—¿Si no parezco más fea? ¡Oh, es ella misma!

CONTI.—Y lo dijo con una expresión... que realmente en este retrato no se percibe en absoluto, ni tan siquiera se puede intuir.

EL PRÍNCIPE.—Esto es lo que yo quería decir; esto es precisamente a lo que me refería al considerar que había quedado infinitamente favorecida... ¡Oh, sí! ¡Conozco aquella expresión desdeñosa que incluso podría desfigurar la cara de una Gracia!³ No le niego que unos bellos labios, ligeramente torcidos por la burla, no puedan resultar a menudo todavía más bellos. Pero, insisto, ligeramente; sin que llegue a convertirse en una mueca, como en la condesa. Y unos ojos deben controlar la sensual burla..., unos ojos, de los que carece totalmente la buena de la condesa. Ni siquiera aquí en el retrato.

CONTI.—Señor, me siento profundamente consternado...

EL PRÍNCIPE.—¿Por qué? Todo lo bueno que el arte puede hacer con los ojos de la condesa, grandes, salientes, hoscos y fijos, con esos ojos de Medusa⁴, lo ha hecho usted, Conti, y con fidelidad... ¿Con fidelidad, digo? No tan fiel sería más fiel. Porque, diga usted mismo, Conti, ¿en este retrato se puede captar el carácter de la persona? Y se debería poder captar. El orgullo lo ha convertido usted en dignidad, la burla en sonrisa y un inicio de melancólica exaltación en suave melancolía.

CONTI (*un poco resentido*).—Ah, príncipe... nosotros, los pintores, contamos con que el retrato acabado encontrará al amante tan apasionado como lo estaba al encargarlo. Pintamos con los ojos del amor y sólo los ojos del amor deberían juzgarnos.

EL PRÍNCIPE.—Pues sí, Conti..., ¿por qué no me lo trajo un mes antes? Déjelo aparte... ¿Qué es el otro cuadro?

CONTI (*mientras lo va a buscar y lo sostiene todavía del revés en la mano*).—También es un retrato femenino.

² Concepto de la filosofía idealista platónica, recogido por Shaftesbury (*plastic nature*) y propagado en Alemania por Winckelmann, sería traducido posteriormente por Goethe como «naturaleza formadora», la idea formadora que actúa en los cuerpos y que se manifiesta a través de la materia.

³ En la mitología clásica, las tres hijas de Venus, caracterizadas por su gran belleza.

⁴ En la mitología clásica, una de las tres Gorgonas cuyos ojos tenían la cualidad de transformar en piedra todo lo que miraban.

EL PRÍNCIPE.—Pues me gustaría verlo pronto... aunque prefiero no hacerlo. Pues seguro que no alcanzará el ideal que tengo aquí (*con el dedo en la frente*) o mejor dicho aquí (*con el dedo en el corazón*). Desearía admirar su arte, Conti, en otros temas.

CONTI.—Existe un arte más digno de admiración, pero seguro que no existe un tema más digno de ella que éste.

EL PRÍNCIPE.—Le apuesto, Conti, a que es la propia amada del artista. (*Al girar el cuadro el pintor.*) ¿Qué estoy viendo? ¿Su obra, Conti, o la obra de mi fantasía? ¡Emilia Galotti!

CONTI.—¿Cómo, príncipe? ¿Conoce usted a este ángel?

EL PRÍNCIPE (*intentando tranquilizarse, pero sin apartar la vista del retrato*).—A medias..., suficiente para reconocerla... Hace unas semanas la encontré con su madre en una *veghia*⁵... Después sólo he vuelto a verla en algunos lugares sagrados, poco apropiados para quedarse embelesado. También conozco a su padre. No somos amigos. Es el que más se opuso a mis derechos en Sabionetta⁶. Es un viejo batallador, orgulloso y austero, pero íntegro y buena persona.

CONTI.—¡El padre! Pero aquí tenemos a su hija.

EL PRÍNCIPE.—¡Por Dios! ¡Como en un espejo! (*Todavía con la vista fija en el retrato.*) Oh, usted sabe muy bien, Conti, que al artista no se le alaba como merece, hasta que su misma obra hace que uno se olvide de alabarla⁷.

CONTI.—Sin embargo, ésta me ha dejado muy insatisfecho conmigo mismo. Y por otra parte estoy muy satisfecho con mi insatisfacción. ¡Ah, que no podamos pintar directamente con los ojos! ¡Cuánto se pierde en el largo camino desde los ojos, a través del brazo, hasta el pincel! Pero, como le digo, sé lo que aquí se ha perdido y cómo se ha perdido y por qué debía perderse: de esto estoy tan orgulloso y más orgulloso incluso que de todo lo que no he dejado perder. Pues de aquello deduzco, más que de esto, que de verdad soy un gran pintor, aunque mi mano no lo sea siempre. ¿O cree usted, príncipe, que Rafael no habría sido el mayor genio de la pintura, aunque desgraciadamente hubiera nacido sin manos? ¿Lo cree usted, príncipe?

EL PRÍNCIPE (*que hasta ahora no aparta su mirada del retrato*).—¿Qué dice usted, Conti? ¿Qué me pregunta?

CONTI.—¡Oh, nada, nada! ¡Un comentario sin importancia! Ahora veo que su alma estaba totalmente en sus ojos. Me encantan estas almas y estos ojos.

EL PRÍNCIPE (*con forzada indiferencia*).—Así pues, Conti, ¿incluye usted realmente a Emilia Galotti entre las bellezas más admirables de nuestra ciudad?

CONTI.—¿Incluir? ¿Entre las más admirables? ¿Y entre las más admirables de nuestra ciudad? Usted se burla de mí, príncipe. O en todo este tiempo ha visto tan poco como ha oído.

EL PRÍNCIPE.—Querido Conti (*dirigiendo de nuevo la mirada hacia el retrato*), ¿cómo puede uno confiar en sus ojos? Al fin y al cabo el pintor es realmente el único que sabe juzgar la belleza.

CONTI.—¿Y cualquier sensación debería esperar el veredicto de un pintor? ¡Al convento, todo aquel que quiera aprender de nosotros lo que es bello! Pero como pintor permítame que le diga una cosa, príncipe: uno de los mayores placeres de mi vida ha sido que Emilia Galotti haya posado para mí. Esa cabeza, ese rostro, esa frente, esos ojos, esa nariz, esa boca, ese mentón, ese cuello, ese busto, ese talle, toda esa figura es mi único estudio de la belleza desde siempre. El original del retrato, para el que posó, lo ha recibido su padre que está ausente. Pero esta copia...

EL PRÍNCIPE (*volviéndose rápidamente hacia él*).—¿Qué, Conti? ¿No la habrá ya apalabrado?

CONTI.—Es para usted, príncipe, si es de su agrado.

EL PRÍNCIPE.—¡Si es de mi agrado! (*Sonriendo.*) Ese estudio suyo de la belleza femenina, Conti, ¿qué podría hacer yo mejor que convertirlo también en el mío? Aquel, aquel retrato se lo puede usted llevar... para encargar un marco.

CONTI.—¡Muy bien!

EL PRÍNCIPE.—Tan bonito, tan adornado como pueda hacerlo el tallista. Lo colocaré en la galería. Pero ése se queda aquí. Con un estudio no hay que preocuparse tanto, ni hace falta colgarlo; sino que gusta tenerlo a mano. Se lo agradezco, Conti; se lo agradezco muchísimo... Y como le he dicho: en mi país el arte no debe buscarse el pan, mientras yo mismo lo tenga. Envíe su cuenta a mi tesorero, Conti, que le pague por los dos retratos lo que usted quiera. Todo cuanto quiera, Conti.

⁵ Fiesta, tertulia. En italiano en el original.

⁶ Residencia original de una rama de los Gonzaga, por cuya posesión los príncipes de Guastalla sostuvieron un largo proceso que duró hasta 1703.

⁷ Idea muy parecida a la expresada por Lessing en la *Dramaturgia de Hamburgo* (cap. 36): la verdadera obra maestra nos satisface tan plenamente que nos hace olvidar a su autor.

CONTI.—Casi me atrevo a pensar, príncipe, que así quiere usted gratificar algo más que el arte.

EL PRÍNCIPE.—¡Ah, el artista celoso! ¡No, hombre! Escúcheme, Conti, todo cuanto quiera. (CONTI sale.)

ESCENA QUINTA

El príncipe

EL PRÍNCIPE.—¡Todo cuanto quiera! (*Dirigiéndose al retrato.*) A ti te tengo, y cualquier precio es poco. ¡Ah, bella obra de arte! ¿Es cierto que te poseo? ¡Quién pudiera poseerte también a ti, la más bella obra maestra de la naturaleza! ¡Lo que usted quiera por ella, honrada madre! ¡Lo que quieras, viejo gruñón! ¡Pide lo que quieras! ¡Pedid lo que queráis! ¡Lo mejor sería comprarte a ti misma, encantadora criatura! ¡Esos ojos llenos de hechizo y modestia! ¡Esos labios! ¡Y cuando se abren para hablar! ¡Cuando sonríen! ¡Esos labios! Alguien viene. Todavía quiero ser el único en disfrutar de tu posesión. (*Volviendo el cuadro hacia la pared.*) Será Marinelli. ¡Ojalá no le hubiera hecho llamar! ¡Qué mañana habría podido pasar!

ESCENA SEXTA

Marinelli, El príncipe

MARINELLI.—Señor, ya me perdonará... No esperaba su orden tan temprano.

EL PRÍNCIPE.—Me entraron ganas de salir. Hacía una mañana muy hermosa..., pero ahora ya ha pasado; y ya no tengo ganas. (*Tras un breve silencio.*) ¿Qué hay de nuevo, Marinelli?

MARINELLI.—Nada importante, que yo sepa. La condesa Orsina llegó ayer a la ciudad.

EL PRÍNCIPE.—Aquí está también su saludo matutino (*señalando su carta*) o lo que sea. No me despierta ninguna curiosidad. ¿Ha hablado con ella?

MARINELLI.—¿No soy, por desgracia, su confidente? Pero si vuelvo a serlo de una dama a la que se le ocurra enamorarse de usted en serio, príncipe, entonces...

EL PRÍNCIPE.—¡No jure nada, Marinelli!

MARINELLI.—¿Sí? ¿De veras, príncipe? ¿Podría suceder? ¡Oh, así tal vez no se equivoca tanto la condesa!

EL PRÍNCIPE.—¡Y tanto si se equivoca! Mi próxima boda con la princesa de Massa⁸ hace imprescindible que por de pronto interrumpa tales asuntos.

MARINELLI.—Si sólo fuera esto, seguro que Orsina sabría adaptarse a su destino igual que el príncipe al suyo.

EL PRÍNCIPE.—Que indudablemente es más duro que el de ella. Mi corazón será la víctima de un miserable interés de Estado. Ella sólo tiene que recuperar el suyo, pero nada la obliga a regalarlo contra su voluntad.

MARINELLI.—¿Recuperarlo? ¿Por qué recuperarlo, pregunta la condesa, si el único motivo es una esposa que al príncipe le impone no el amor sino la política? Junto a tal esposa la amante ve todavía su puesto. Pero lo que ella teme no es ser víctima de tal esposa, sino...

EL PRÍNCIPE.—De otra amante. ¿Y bien? ¿Va a reprochármelo como si fuera un delito, Marinelli?

MARINELLI.—¿Yo? ¡Oh, no me confunda con la necia de la que soy portavoz!... y lo soy por compasión. Ya que ayer, de veras, me conmovió especialmente. No quería hablar en absoluto de su asunto con usted. Quería dar la impresión de estar relajada y fría. Pero en medio de la conversación más intrascendente se le escapaban unas frases, unas alusiones que delataban su atormentado corazón. Con el tono más alegre decía las cosas más melancólicas; y por el contrario, los disparates más divertidos con la expresión más triste. Se ha refugiado en los libros y me temo que acabarán de perderla.

EL PRÍNCIPE.—De hecho ya le dieron el primer impulso a su pobre entendimiento... Pero no querrá usted, Marinelli, utilizar precisamente lo que más me ha apartado de ella para volverme a acercarla. Si pierde el juicio por amor, también lo habría perdido antes o después sin amor... Pero ya hemos hablado bastante de ella. Vamos a cambiar de tema. ¿No hay nada de nuevo en la ciudad?

⁸ Provincia de la Toscana.

MARINELLI.—Prácticamente nada... Pues que hoy contraiga matrimonio el conde Appiani... no es mucho más que nada.

EL PRÍNCIPE.—¿El conde Appiani? ¿Y con quién? Pero si ni me había enterado de que estaba prometido.

MARINELLI.—Lo han llevado con mucho secreto. Tampoco era para echar las campanas al vuelo. Usted se reirá, príncipe, pero así les va a los sentimentales. El amor siempre les juega malas pasadas. Una muchacha sin fortuna y sin rango se lo ha sabido conquistar... con una cierta belleza, pero con gran apariencia de virtud y sentimiento, de ingenio y... ¿qué sé yo?

EL PRÍNCIPE.—Pues yo más bien diría que es digno de envidia, que no de burla, aquel que sin más miramientos puede abandonarse a las impresiones que le producen la inocencia y la belleza... Y ¿cómo se llama la afortunada? Ya que a pesar de todo, Appiani es... Sí, ya sé que usted, Marinelli, no lo soporta, tan poco como él a usted... pero a pesar de ello es un joven muy digno, atractivo, rico, un hombre de honor. Me habría gustado mucho atraerle a la corte con algún cargo. Todavía voy a intentarlo.

MARINELLI.—Si no es demasiado tarde... Pues por lo que he oído, no está entre sus planes hacer carrera en la corte. Quiere irse con su amada a sus valles de Piamonte⁹, a cazar gamuzas por los Alpes y adiestrar marmotas. ¿Qué más puede hacer? Con este casamiento desigual aquí está acabado. El círculo de las mejores familias se le cierra a partir de ahora...

EL PRÍNCIPE.—¡Vuestras mejores familias! En ellas domina el ceremonial, el compromiso, el aburrimiento y a menudo la mezquindad. Pero dígame quién es la que le lleva a tan gran sacrificio.

MARINELLI.—Es una tal Emilia Galotti.

EL PRÍNCIPE.—¿Cómo, Marinelli? Una tal...

MARINELLI.—Emilia Galotti.

EL PRÍNCIPE.—¿Emilia Galotti? ¡Jamás!

MARINELLI.—Seguro, señor.

EL PRÍNCIPE.—Le digo que no. No es ella, no puede ser ella. Se equivoca de nombre. La familia de los Galotti es muy numerosa. Es posible que sea una Galotti, pero no Emilia Galotti, ¡no Emilia!

MARINELLI.—Emilia... ¡Emilia Galotti!

EL PRÍNCIPE.—En todo caso habrá otra que también se llame así. Además decía usted una tal Emilia Galotti... una tal. De la verdadera sólo un necio podría hablar así.

MARINELLI.—Señor, está usted fuera de sí. ¿Conoce usted a esta Emilia?

EL PRÍNCIPE.—Soy yo quien hace las preguntas, Marinelli, no usted¹⁰. ¿Emilia Galotti? La hija del coronel Galotti, el de Sabionetta?

MARINELLI.—Exactamente.

EL PRÍNCIPE.—¿La que vive aquí en Guastalla con su madre?

MARINELLI.—Exactamente.

EL PRÍNCIPE.—¿Cerca de la iglesia de Todos los Santos?

MARINELLI.—Exactamente.

EL PRÍNCIPE.—En una palabra... (*Cogiendo precipitadamente el retrato y poniéndolo en manos de MARINELLI.*) ¡Mire! ¿Ésta? ¿Esta Emilia Galotti? ¡Si repite otra vez su maldito «Exactamente» me clava el puñal en el corazón!

MARINELLI.—¡Exactamente!

EL PRÍNCIPE.—¡Verdugo! ¿Ésta? Esta Emilia Galotti será hoy...

MARINELLI.—¡La duquesa Appiani! (EL PRÍNCIPE *arrebata el retrato de manos de MARINELLI, tirándolo a un lado.*) La boda se celebra en la intimidad, en la hacienda de su padre, cerca de Sabionetta. Hacia el mediodía saldrán hacia allí la madre y la hija, el conde y tal vez algunos amigos.

EL PRÍNCIPE (*dejándose caer en una silla, desesperado*).—¡Así estoy perdido! ¡Así no quiero vivir!

MARINELLI.—Pero ¿qué le sucede, señor?

EL PRÍNCIPE (*levantándose de golpe, hacia él*).—¡Traidor! ¿Qué me sucede? Pues bien, ¡la amo! ¡La adoro! ¡Ya deberíais saberlo! ¡Ya deberíais haberlo sabido desde hace tiempo todos los que preferíais que yo soportara eternamente las ignominiosas cadenas de la insensata Orsina! Pero que sea usted, Marinelli, que tantas veces me había asegurado su más profunda amistad... ¡Oh, un príncipe

⁹ Región en los Alpes italianos.

¹⁰ En el original el príncipe le cambia el tratamiento de *Sie* («usted») por el *Er* («él»), que no tiene correspondencia en castellano; usualmente se daba a los criados y en este caso hace más evidente el enfado del príncipe, que le recuerda así a Marinelli su condición de subordinado. Poco después vuelve a tratarle de usted. El cambio se repite en la escena primera del acto tercero.

no tiene amigos! ¡No puede tener amigos! Que sea usted, usted, tan desleal, el que tan maliciosamente haya podido ocultar hasta este momento el peligro que amenazaba a mi amor. ¡Que no me sea perdonado ninguno de mis pecados, si algún día se lo perdono!

MARINELLI.—Apenas puedo encontrar palabras, príncipe —si me dejara ocasión para ello—, para mostrar mi asombro. ¡Usted ama a Emilia Galotti! Entonces, un juramento frente a otro juramento: ¡Que ni ángeles ni santos quieran saber nada de mí, si he sabido lo más mínimo de ese amor, si he tenido de él la menor idea! Y lo mismo podría jurar en nombre de Orsina. Su sospecha va por otros derroteros.

EL PRÍNCIPE.—Si es así, perdóneme, Marinelli... (*echándose en sus brazos*) y compadézcame.

MARINELLI.—¡Por favor, príncipe! ¡Reconozca en ello el fruto de su reserva! «¡Los príncipes no tienen amigos! ¡No pueden tener amigos!» ¿Y la causa, si eso es así? Porque no quieren tenerlos. Hoy nos honran con su confianza, nos revelan sus más secretos deseos, nos abren todo su corazón, y mañana volvemos a serles tan extraños como si nunca hubiéramos cruzado una palabra.

EL PRÍNCIPE.—¡Ah, Marinelli! ¿Cómo podía confiarle a usted lo que apenas quería confesarme a mí mismo?

MARINELLI.—¿Y menos aún se lo habrá confesado a la causante de sus penas?

EL PRÍNCIPE.—¿A ella? Todos mis esfuerzos por hablarle una segunda vez han sido en vano.

MARINELLI.—Y la primera vez...

EL PRÍNCIPE.—Hablé con ella... ¡Oh, estoy enloqueciendo! ¿Cuánto tiempo tendré que perder explicándoselo? Ve que estoy en un raptó de pasión, ¿por qué me hace tantas preguntas acerca de cómo he llegado a esta situación? Sálveme, si puede, y pregunte después.

MARINELLI.—¿Salvarle? ¿Puedo salvarle? Señor, lo que ha dejado de confesar a Emilia Galotti, confíeselo ahora a la condesa Appiani. Lo que no se puede tener de primera mano, se compra de segunda... y no es raro que de segunda mano resulte a mejor precio.

EL PRÍNCIPE.—En serio, Marinelli, en serio, o...

MARINELLI.—Ciertamente, a veces resulta peor...

EL PRÍNCIPE.—¡Se está poniendo impertinente!

MARINELLI.—Y además el conde quiere irse del país... Sí, habría que pensar en otra cosa.

EL PRÍNCIPE.—¿En qué? Mi más apreciado, mi más querido Marinelli, piense por mí. ¿Qué haría usted, si estuviera en mi lugar?

MARINELLI.—Ante todo consideraría que algo poco importante es algo poco importante... y me diría que no quiero ser en vano lo que soy... ¡Soberano!

EL PRÍNCIPE.—No intente hacerme creer que tengo un poder que en este caso no sabría cómo usar...

¿Hoy, decía usted? ¿Hoy ya?

MARINELLI.—Hasta hoy... no tendrá lugar. Y sólo lo que ya está hecho, hecho está. (*Tras una breve reflexión.*) ¿Me deja hacer a mí, príncipe? ¿Daré por bueno lo que haga?

EL PRÍNCIPE.—Todo, Marinelli, todo lo que pueda hacer cambiar este golpe del destino.

MARINELLI.—Pues no perdamos más tiempo. Pero no se quede en la ciudad. Váyase en seguida a su palacio de recreo, a Dosalo¹¹. El camino hacia Sabionetta pasa por allí. Si no consigo alejar momentáneamente al conde, creo que... Sí, seguro, creo que caerá en esta trampa. A causa de su boda, usted quiere, príncipe, enviar un mensajero a Massa, ¿verdad? Haga que el conde sea ese mensajero; con la condición de que parta hoy mismo. ¿Comprende?

EL PRÍNCIPE.—¡Magnífico! Llévemelo allí. Váyase, dése prisa. Salgo inmediatamente. (MARINELLI *sale.*)

ESCENA SÉPTIMA

El príncipe, El ayuda de cámara

EL PRÍNCIPE.—¡Inmediatamente, inmediatamente! ¿Dónde lo he dejado? (*Buscando el retrato.*) ¿En el suelo? ¡Qué barbaridad! (*Levantándolo.*) Pero ¿puedo contemplarte? De momento no tengo ganas de contemplarte. ¿Por qué he de hurgar más en la herida? (*Lo aparta.*) Ya me he consumido bastante, ya he suspirado... más de lo que hubiera debido; ¡pero sin hacer nada! Y estoy a punto de perderlo todo a causa de esta inactividad... ¿Y si ya estuviera todo perdido? ¿Si Marinelli no hace nada? ¿Por qué he de confiárselo todo a él solo? Ahora recuerdo que... a esta hora (*mirando el reloj*), precisa-

¹¹ Propiamente Dosolo, a orillas del Po.

mente a esta hora ella que es tan devota suele oír misa cada día en el convento de los dominicos. ¿Y si fuera allí e intentara hablar con ella? Pero hoy, el día de su boda... hoy tendrá otras cosas en que pensar y no en la misa. Aunque, ¿quién sabe? Está muy cerca de aquí. (*Llama y mientras recoge precipitadamente algunos de los papeles que están sobre la mesa, entra EL AYUDA DE CÁMARA.*) ¡Que traigan el coche! ¿No ha llegado todavía ninguno de los consejeros?

EL AYUDA DE CÁMARA.—Camillo Rota.

EL PRÍNCIPE.—Que pase. (*EL AYUDA DE CÁMARA sale.*) Con tal que no quiera entretenerme. ¡Ahora no! En otro momento estaré con mucho gusto a su disposición y dedicaré más tiempo a todos sus escrúpulos... Por aquí estaba la petición de una Emilia Bruneschi... (*Buscándola.*) Ahí está... Pero, querida Bruneschi, en el momento en que tu mediadora...

ESCENA OCTAVA
Camillo Rota, El príncipe

CAMILLO ROTA (*con documentos en la mano*).

EL PRÍNCIPE.—Pase, Rota, pase. Aquí está lo que he revisado esta mañana. Nada especialmente reconfortante. Usted mismo verá lo que hay que disponer. Tome.

CAMILLO ROTA.—Bien, señor.

EL PRÍNCIPE.—Aquí tengo también una petición de una Emilia Galot... Bruneschi quería decir. Ya le he puesto mi visto bueno... aunque el asunto no es ninguna fruslería. No le dé trámite todavía... O déselo, como quiera.

CAMILLO ROTA.—No como yo quiera, señor.

EL PRÍNCIPE.—¿Alguna otra cosa? ¿Algo para firmar?

CAMILLO ROTA.—Una pena de muerte está pendiente de su firma.

EL PRÍNCIPE.—Con mucho gusto. ¡Déme, rápido!

CAMILLO ROTA (*extrañado y mirando fijamente al PRÍNCIPE*).—Una pena de muerte... he dicho.

EL PRÍNCIPE.—Ya le he oído. Ya podría estar firmada. Tengo prisa.

CAMILLO ROTA (*buscando entre sus documentos*).—Pues creo que no la tengo aquí... Perdóneme, señor. Puede esperar hasta mañana.

EL PRÍNCIPE.—¡Pues bien! Puede retirarse, tengo que irme. ¡Mañana seguiremos, Rota!

CAMILLO ROTA (*moviendo la cabeza, mientras recoge los documentos, y saliendo*).—¿Con mucho gusto? ¿Una pena de muerte con mucho gusto? No hubiera querido hacérsela firmar en este momento, aunque hubiera sido la del asesino de mi único hijo. ¡Con mucho gusto! ¡Con mucho gusto! ¡Me atraviesa el corazón ese horrible «Con mucho gusto»!

ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón de la casa de los Galotti.

ESCENA PRIMERA

Claudia Galotti, Pirro

CLAUDIA (*saliendo a escena y dirigiéndose a PIRRO que entra por el otro lado*).—¿Quién es el que ha llegado al patio a galope tendido?

PIRRO.—Nuestro dueño, señora.

CLAUDIA.—¿Mi marido? ¿Es posible?

PIRRO.—Me viene pisando los talones.

CLAUDIA.—¿Así por sorpresa? (*Saliendo a su encuentro*). ¡Ah, querido!

ESCENA SEGUNDA

Odoardo Galotti y los anteriores

ODOARDO.—¡Buenos días, querida! Una sorpresa, ¿verdad?

CLAUDIA.—¡Y de las más gratas! Si es la única.

ODOARDO.—¡La única! No te preocupes. La dicha que hoy nos espera me ha hecho despertar temprano; hace un día muy hermoso y el camino es tan corto; os imaginaba aquí muy atareadas y se me ha ocurrido que fácilmente podríais olvidar algo... En una palabra: vengo, veo y me vuelvo en seguida. ¿Dónde está Emilia? ¿Sin duda ocupada ataviándose?

CLAUDIA.—¡Ocupada con su alma! Se ha ido a misa. «Hoy más que cualquier otro día necesito implorar la gracia divina», ha dicho, lo ha dejado todo, ha cogido el velo y se ha ido.

ODOARDO.—¿Sola?

CLAUDIA.—Está a cuatro pasos.

ODOARDO.—¡Uno es suficiente para dar un paso en falso!

CLAUDIA.—No te enfades, querido, y entra a descansar un momento y toma un refrigerio, si te apetece.

ODOARDO.—Como tú digas, Claudia. Pero no debería haber ido sola.

CLAUDIA.—Y tú, Pirro, quédate aquí en el vestíbulo y no dejes pasar a nadie, si vienen visitas.

ESCENA TERCERA

Pirro y, acto seguido, Angelo

PIRRO.—Que sólo vienen a curiosear... ¡Lo que me han llegado a preguntar en esta última hora! ¿Y quién viene ahí?

ANGELO (*todavía a medio salir a escena, con una capa corta, con la que se tapa el rostro, y el sombrero hasta las cejas*).—¡Pirro! ¡Pirro!

PIRRO.—¿Un conocido? (*Mientras ANGELO acaba de entrar y se quita el embozo*). ¡Por Dios! ¿Angelo? ¿Eres tú?

ANGELO.—Pues ya ves. Hace ya un buen rato que estoy rondando la casa para hablar contigo. ¡Sólo unas palabras!

PIRRO.—¿Y ya te atreves de nuevo a salir a la luz del día? Después de tu último asesinato fuiste proscrito y han ofrecido una recompensa por tu cabeza...

ANGELO.—Que tú no querrás obtener...

PIRRO.—¿Qué quieres? Por favor, me vas a traer problemas.

ANGELO.—¿Con esto tal vez? (*Mostrándole una bolsa con dinero*). ¡Toma, es tuya!

PIRRO.—¿Mía?

ANGELO.—¿Lo has olvidado? El alemán, tu antiguo señor...

PIRRO.—¡No me hables de ello!

ANGELO.—Al que tú condujiste a nuestra trampa en el camino hacia Pisa...

PIRRO.—¡Si nos oyera alguien!

ANGELO.—Tuvo la bondad de dejarnos un valioso anillo en herencia. ¿No te acuerdas? Era demasiado valioso, el anillo, para poder convertirlo en dinero en seguida sin levantar sospechas. Por fin lo he conseguido. He obtenido cien pistolas¹² por él y ahí está tu parte. ¡Toma!

PIRRO.—No quiero nada... quédate con todo.

ANGELO.—¡Ah, pues, por mí...! Si no te importa a qué precio vendes tu cabeza... (*finge que va a guardarse la bolsa*).

PIRRO.—¡Bueno, trae! (*La toma.*) ¿Y qué más? Pues no puedo creer que me hayas buscado sólo por esto...

ANGELO.—¿No te lo puedes creer? ¡Ruín! ¿Por quién nos tomas? ¿Crees que somos capaces de escatimar a alguien lo que se ha ganado? Es posible que eso esté de moda entre las llamadas personas honradas, no entre nosotros. ¡Adiós! (*Finge que va a irse y vuelve.*) Ah, una cosa quiero preguntarte... El viejo Galotti ha llegado a la ciudad solo y a galope tendido. ¿A qué ha venido?

PIRRO.—A nada, para dar un paseo a caballo. Su hija se casa esta tarde con el conde Appiani en la finca de la que él ha venido. Para pasar el tiempo...

ANGELO.—¿Y se vuelve pronto?

PIRRO.—Tan pronto que te va a encontrar aquí, si tardas mucho. Pero ¿tú no pensarás asaltarle? Ten cuidado. Es todo un tipo.

ANGELO.—¿No le conozco yo? ¿No estuve yo a su servicio? ¡Si se le pudiera sacar un buen botín! ¿Cuándo le seguirán los novios?

PIRRO.—Hacia mediodía.

ANGELO.—¿Con una gran comitiva?

PIRRO.—En un solo coche: la madre, la hija y el conde. Unos amigos irán desde Sabionetta como testigos.

ANGELO.—¿Y criados?

PIRRO.—Sólo dos, aparte de mí, que iré delante a caballo.

ANGELO.—Está bien. Otra cosa: ¿en qué carroza?, ¿la vuestra o la del conde?

PIRRO.—La del conde.

ANGELO.—¡Malo! Éste lleva otro adelantado y un cochero muy fuerte. ¡Da igual!

PIRRO.—¡Me asombras! ¿Pero qué pretendes? Por las pocas joyas que la novia pueda llevar, apenas vale la pena...

ANGELO.—¡La novia misma la valdrá!

PIRRO.—¿Y yo he de ser cómplice en este delito?

ANGELO.—Tú irás delante a caballo. ¡Pues adelántate y no te vuelvas por nada!

PIRRO.—¡Jamás!

ANGELO.—¿Qué? A ver si ahora vas a querer aparentar ser honrado. Compañero, creo que me conoces... ¡Como digas una palabra! ¡Como me hayas engañado en lo más mínimo...!

PIRRO.—¡Pero, Angelo, por el amor de Dios!

ANGELO.—¡Haz lo que te corresponde! (*Sale.*)

PIRRO.—¡Ah! ¡Si dejas que el diablo te pille *un solo* cabello, serás suyo eternamente! ¡Qué desgraciado soy!

ESCENA CUARTA

Odoardo y Claudia Galotti. Pirro

ODOARDO.—Tarda ya demasiado...

CLAUDIA.—Sólo un momento, Odoardo. Le disgustaría no haberte visto.

ODOARDO.—Todavía he de ir a ver al conde. Ardo en deseos de llamar hijo mío a este digno joven. Todo me encanta en él. Especialmente la decisión de vivir su propia vida en sus valles solariegos.

CLAUDIA.—Se me parte el corazón, cuando pienso en ello. ¿Vamos a perder para siempre a nuestra única y amada hija?

ODOARDO.—¿A qué llamas tú perderla? ¿A saber que está en brazos del amor? No confundas tu gozo de estar con ella con su felicidad. Estás resucitando mi viejo recelo de que fue más el mundanal ruido, la diversión y el estar cerca de la corte, que la necesidad de darle una educación sólida a nues-

¹² Moneda que imitaba al doblón de oro español y de valor similar.

tra hija, lo que motivó tu decisión de quedarte aquí con ella, en la ciudad... lejos de un marido y un padre que tanto os ama.

CLAUDIA.—¡Eres injusto, Odoardo! Pero déjame ahora que te diga algo en favor de esa ciudad, a favor de estar cerca de la corte, de esto que tanto odia tu rigurosa virtud. Aquí, sólo aquí podía unir el amor a los que habían nacido el uno para el otro. Sólo aquí podía encontrar el conde a Emilia, y la ha encontrado.

ODOARDO.—Lo admito. Pero, querida Claudia, ¿tenías tú razón, porque el resultado te da la razón? ¡Muy bien que esta educación en la ciudad haya acabado así! ¡No pretendamos hacernos pasar por sabios, sólo porque nos ha sonreído la suerte! ¡Muy bien que eso haya acabado así! Ahora ya se han encontrado los que habían nacido el uno para el otro: ahora déjales ir a donde les llaman la inocencia y la tranquilidad... ¿Qué haría aquí el conde? ¿Reverencias, lisonjas y adulaciones rastreras para intentar suplantarse a los Marinelli? ¿Para hacer finalmente una fortuna que no necesita? ¿Para alcanzar finalmente unos honores que para él no serían nada? ¡Pirro!

PIRRO.—Diga, señor.

ODOARDO.—Lleva mi caballo ante la casa del conde. Iré en seguida y seguiré mi camino desde allí. (PIRRO *sale*.) ¿Por qué ha de servir aquí el conde, si allí puede ser él quien dé las órdenes? Además debes tener en cuenta, Claudia, que pierde todas las simpatías del príncipe a causa de nuestra hija. El príncipe me odia...

CLAUDIA.—Quizás menos de lo que temes.

ODOARDO.—¡Temes! ¡Como si yo lo temiera!

CLAUDIA.—¿Te he dicho que el príncipe vio a nuestra hija?

ODOARDO.—¿El príncipe? ¿Dónde?

CLAUDIA.—En la última *veggia*, en casa del canciller Grimaldi, que él honró con su presencia. Se mostró muy deferente con ella...

ODOARDO.—¿Deferente?

CLAUDIA.—Habló con ella un buen rato...

ODOARDO.—¿Habló con ella?

CLAUDIA.—Parecía encantado con su viveza y su ingenio...

ODOARDO.—¿Encantado?

CLAUDIA.—Habló de su belleza con tantos elogios...

ODOARDO.—¿Elogios? ¿Y todo esto me lo cuentas en ese tono de entusiasmo? ¡Oh, Claudia! ¡Madre vanidosa e imprudente!

CLAUDIA.—¿Por qué?

ODOARDO.—¡Bueno, bueno! También esto ha acabado... ¡Ah, no quiero ni imaginármelo! ¡Aquí es precisamente donde podría herirme mortalmente! Un lascivo que admira, que anhela... ¡Claudia! ¡Claudia! ¡Sólo la idea me enfurece! Deberías habérmelo dicho en seguida. Aunque hoy no quiero decirte nada desagradable. Y lo diría (*mientras ella le coge la mano*), si me quedara más tiempo. Por eso, ¡déjame, déjame! ¡Adiós, Claudia! ¡Que tengáis buen viaje!

ESCENA QUINTA

Claudia Galotti

CLAUDIA.—¡Qué hombre! ¡Con esa virtud tan severa! Si es que merece ese nombre. ¡Todo le parece sospechoso, todo culpable! Si eso significa conocer a las personas... ¿quién querrá conocerlas? Aunque, ¿dónde estará Emilia? Si es el enemigo del padre, entonces..., entonces, si le ha puesto el ojo a la hija, ¿es únicamente para afrentarle a él?

ESCENA SEXTA

Emilia y Claudia Galotti

EMILIA (*entra precipitadamente, atemorizada y confusa*).—¡Ay, menos mal! Ahora ya estoy a salvo. A no ser que me haya seguido. (*Echándose el velo hacia atrás y mirando a su madre*.) ¿Es él, madre? ¿Es él? ¿No? ¡Gracias a Dios!

CLAUDIA.—Pero ¿qué te pasa, hija? ¿Qué tienes?

EMILIA.—Nada, nada...

CLAUDIA.—¿Y por qué estás tan asustada? ¡Tiemblos de pies a cabeza!

EMILIA.—¡Lo que he tenido que oír! ¡Y dónde, dónde he tenido que oírlo!

CLAUDIA.—Creía que estabas en la iglesia...

EMILIA.—¡Precisamente allí! ¿Qué le importa al vicio la iglesia y el altar? ¡Ah, madre mía! (*Echándose en sus brazos.*)

CLAUDIA.—¡Habla, hija mía! ¡Me tienes angustiada! ¿Qué puede haberte sucedido de malo en un lugar sagrado?

EMILIA.—Nunca hubiera debido ser tan ferviente, tan fervorosa mi plegaria como hoy; y lo ha sido menos que nunca.

CLAUDIA.—Somos humanas, Emilia. El don de orar no está siempre a nuestro alcance. La voluntad de orar es para el cielo también una plegaria.

EMILIA.—Y la voluntad de pecar, también un pecado.

CLAUDIA.—¡Ésa no la habrá tenido mi Emilia!

EMILIA.—No, madre mía, tanto no me ha abandonado la gracia. ¡Pero el vicio de otros puede convertirnos en cómplices, aun contra nuestra voluntad!

CLAUDIA.—¡Serénate! Ordena tus pensamientos todo lo que puedas y dime de una vez lo que te ha pasado.

EMILIA.—Apenas me había arrodillado... lejos del altar, al revés de lo que suelo hacer, ya que había llegado tarde... Apenas había empezado a elevar mi corazón, cuando alguien se ha sentado detrás, muy cerca de mí. ¡Tan cerca de mí! No podía apartarme ni hacia delante ni a un lado, aunque quería hacerlo, temiendo que la plegaria de otra persona pudiera estorbar la mía... ¡Plegaria! Esto fue lo peor que podía temer... Al cabo de poco, muy cerca de mi oído, tras un profundo suspiro, ha pronunciado no el nombre de una santa... sino el nombre... no se enfade, madre mía... ¡el nombre de su hija! ¡Mi nombre! ¡Hubiera deseado que el estruendo de todos los truenos me hubiera impedido seguir oyendo! Hablaba de belleza, de amor... Lamentaba que ese día, que haría mi felicidad —si él no actuaba así— decidiría su desgracia para siempre. Me ha rogado... y yo he tenido que oírlo todo. Pero sin volverme, quería hacer como si no lo oyera. ¿Qué podía hacer, si no? Pedir a mi ángel custodio que me ensordeciera, ¡aunque fuera para siempre! Se lo he pedido, ha sido mi única oración... Finalmente ha llegado el momento de levantarme. La misa había terminado. Temblaba al pensar que debía volverme. Temblaba por tener que mirar al que se había permitido ofenderme. Y al volverme, al mirarle...

CLAUDIA.—¿A quién, hija mía?

EMILIA.—Adivínelo, madre, adivínelo... Creí que me fallaba el suelo bajo los pies... A él en persona.

CLAUDIA.—¿A quién en persona?

EMILIA.—Al príncipe.

CLAUDIA.—¡Al príncipe! ¡Oh, bendita la impaciencia de tu padre, que acaba de estar aquí y no ha querido esperarte!

EMILIA.—¿Mi padre ha estado aquí? ¿Y no ha querido esperarme?

CLAUDIA.—¡Si en medio de esta confusión le hubieras contado eso!

EMILIA.—¿Qué, madre mía? ¿De qué habría podido considerarme culpable?

CLAUDIA.—De nada, igual que a mí. Y a pesar de ello... ¡Ah, no conoces a tu padre! En su ira habría confundido al inocente objeto del delito con el delincuente. En su rabia le habría parecido que yo era la causa de lo que no podía ni evitar ni prever... ¡Pero sigue, hija mía, sigue! Cuando le reconociste... Espero que habrás tenido el valor suficiente como para expresarle con *una* mirada todo el desprecio que merece.

EMILIA.—No lo he tenido, madre. Después de la primera mirada para reconocerle, no he tenido corazón para dirigirle otra. He huido...

CLAUDIA.—Y el príncipe te ha seguido...

EMILIA.—No me he dado cuenta hasta que en el pórtico he sentido que me cogían de la mano. ¡Y era él! Por vergüenza he tenido que quedarme quieta: si me hubiera soltado habría avivado la atención de los transeúntes hacia nosotros. Ésta ha sido la única reflexión de la que he sido capaz... o de la que ahora me acuerdo. Ha dicho algunas cosas y yo le he contestado. Pero lo que él ha dicho, lo que le he contestado... si me viene a la memoria, ya se lo explicaré, madre. Ahora no me acuerdo de nada. Me habían abandonado los sentidos. Me es imposible recordar cómo me he librado de él y cómo he salido del pórtico. En la primera imagen que recuerdo me veo de nuevo en la calle y oigo que me persigue y entra conmigo en casa y sube conmigo la escalera...

CLAUDIA.—¡El temor tiene su propio sentido, hija mía! Nunca olvidaré el aspecto que ofrecías al entrar... No, no debería haberse atrevido a seguirte... ¡Señor! ¡Señor! ¡Si lo llegara a saber tu padre! ¡Con lo que se ha enfadado cuando le he dicho que el príncipe te había visto hace poco y que no le habías desagradado! Pero tranquilízate, hija. Considera lo que te ha pasado como un sueño. Todavía tendrá menos consecuencias que un sueño. Hoy te libras de una vez de todas las insidias.

EMILIA.—Pero el conde debe saberlo, ¿verdad, madre? Debo decírselo.

CLAUDIA.—¡Por nada del mundo! ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Quieres inquietarle sin motivo alguno? Y aunque no se inquietase ahora, has de saber, hija, que un veneno que no actúa inmediatamente, no por ello es menos peligroso. Lo que no hace mella en el enamorado, puede hacerla en el esposo. Al enamorado incluso podría adularle eclipsar a un rival tan importante. Pero cuando ya lo ha conseguido... ¡Ay, niña! El enamorado se convierte a menudo en una criatura completamente diferente. Que tu buena estrella te libre de tal experiencia.

EMILIA.—Ya sabe, madre, que siempre sigo de buen grado todos sus consejos... Pero ¿y si se enterara por otra persona de que el príncipe me ha hablado hoy? ¿No aumentaría mi silencio su recelo, tarde o temprano? Creo que sería mejor no tener secretos para él.

CLAUDIA.—¡Debilidad! ¡Debilidad de enamorada! ¡No, hija mía, de ningún modo! No le digas nada. ¡Que no note nada!

EMILIA.—¡Así lo haré, madre! No tengo más voluntad que la suya... ¡Ah! (*Con un profundo suspiro.*) Ya vuelvo a sentirme bien. ¡Qué boba soy, qué temerosa! ¿Verdad, madre? Me hubiera podido comportar de manera bien diferente y de todas formas sin exponerme a nada.

CLAUDIA.—No quería decírtelo, hija, antes de que te lo dijera tu propio sano juicio. Y sabía que te lo iba a decir tan pronto como volvieras a ser tú misma... El príncipe es galante. Tú estás poco acostumbrada al lenguaje de la galantería, en el que las palabras no significan nada. En este lenguaje una cortesía se convierte en un sentimiento, una adulación en una promesa, una idea en un deseo, un deseo en un propósito. Nada suena en este lenguaje como todo, y todo es en él lo mismo que nada.

EMILIA.—¡Oh, madre! Así habré hecho un espantoso ridículo con mis temores. Ciertamente, no le voy a contar nada de esto a mi buen Appiani. Podría creer que soy más vanidosa que virtuosa. ¡Huy, que viene! ¡Es él, conozco su paso!

ESCENA SÉPTIMA

El conde Appiani. Las anteriores

APPIANI (*entra pensativo, con los ojos bajos y se acerca, sin verlas; hasta que EMILIA sale a su encuentro*).—¡Oh, amada mía! No esperaba encontrarla en la antesala.

EMILIA.—Desearía que estuviera más alegre, conde, incluso allí donde no esperara encontrarme... ¿Tan ceremonioso, tan serio? ¿No merece el día de hoy un ánimo más alegre?

APPIANI.—El que más lo merece de toda mi vida. Pero colmado de tanta felicidad para mí... tal vez esta misma felicidad sea la que me pone tan serio o, como usted dice, señorita, tan ceremonioso... (*Al ver a la madre.*) ¡Ah, también está usted aquí, señora..., a quien pronto podré llamar con un nombre más íntimo!

CLAUDIA.—¡Que será mi mayor orgullo! ¡Qué dichosa eres, Emilia! ¿Por qué no habrá querido tu padre compartir este momento feliz con nosotros?

APPIANI.—Ahora mismo acabo de estrecharle entre mis brazos o, mejor dicho, él a mí entre los suyos. ¡Qué hombre, Emilia, su padre! ¡Ejemplo de todas las virtudes masculinas! ¡Su presencia inspira los más altos sentimientos en mi alma! Nunca es tan viva mi decisión de ser siempre bueno, de ser siempre noble, como cuando le veo... o cuando pienso en él. ¿Y cómo sino con el cumplimiento de esta decisión puedo merecer el honor de llamarme su hijo..., de ser suyo, Emilia?

EMILIA.—¡Pero no ha querido esperarme!

APPIANI.—Me atrevo a pensar que ha sido porque, en una visita tan breve, su Emilia le habría conmovido demasiado, se habría adueñado demasiado de su corazón.

CLAUDIA.—Creía encontrarte ocupada ataviándote con tus galas nupciales y le he dicho...

APPIANI.—Lo que me ha dicho también a mí y ha provocado mi más tierna admiración... Ha hecho bien, Emilia. Estoy seguro de que tendré una esposa devota y que no se enorgullece de su devoción.

CLAUDIA.—Pero, hijos míos, no por hacer una cosa hay que abandonar las otras. ¡El tiempo apremia, vamos, Emilia!

APPIANI.—¿Qué dice usted, señora?

CLAUDIA.—No pretenderá llevarla al altar... así, tal como está, ¿verdad, señor conde?

APPIANI.—Cierto, ahora me doy cuenta... ¿Quién puede verla a usted, Emilia, y además fijarse en sus galas? ¿Y por qué no así, tal como está?

EMILIA.—No, querido conde, así no, no del todo así. Aunque tampoco mucho más engalanada, no demasiado. ¡En un momento estaré lista! Ninguna, ninguna de las joyas del último obsequio de su espléndida generosidad. Nada, absolutamente nada que haga juego con esas joyas. Podría odiarlas, si no vinieran de usted. Porque he soñado tres veces con ellas.

CLAUDIA.—¡Ah, de eso no sé nada!

EMILIA.—He soñado que las llevaba, que de repente cada una de sus piedras se convertía en una perla... Pero las perlas, madre, las perlas significan lágrimas.

CLAUDIA.—¡Hija! El significado es más ilusorio que el sueño. ¿No habías preferido siempre las perlas a las piedras?

EMILIA.—Sí, madre, ciertamente...

APPIANI (*meditabundo y melancólico*).—¡Significan lágrimas... significan lágrimas!

EMILIA.—¿Cómo? ¿Usted se fija en eso? ¿Usted?

APPIANI.—Sí, debería avergonzarme... Pero si la imaginación está predispuesta a concebir visiones tristes...

EMILIA.—¿Y por qué lo está? ¡A ver si adivina lo que he pensado! ¿Qué llevaba yo, qué aspecto tenía el día que le gusté por primera vez? ¿Lo recuerda todavía?

APPIANI.—¡Claro que lo recuerdo! En mis pensamientos no la veo de otra forma, y la veo así incluso cuando no la veo.

EMILIA.—Pues, un vestido del mismo color, del mismo estilo, vaporoso y libre...

APPIANI.—¡Magnífico!

EMILIA.—Y el cabello...

APPIANI.—Con su propio brillo castaño, con los rizos que le ha dado la naturaleza...

EMILIA.—¡Sin olvidar la rosa entre ellos! ¡Muy bien, muy bien! ¡Tenga un poco de paciencia y en un momento estaré así ante usted!

ESCENA OCTAVA
El conde Appiani, Claudia Galotti

APPIANI (*siguiéndola con la mirada y con el semblante abatido*).—¡Perlas significan lágrimas! ¡Un poco de paciencia! Sí, si el tiempo estuviera fuera de nosotros. ¡Si un minuto del reloj no pudiera convertirse en años para nosotros...!

CLAUDIA.—La observación de Emilia, señor conde, fue tan repentina como cierta. Hoy está usted más serio que de costumbre. A sólo un paso de ver cumplidos sus deseos... ¿Va a lamentar, señor conde, que ésta fuera la meta de sus deseos?

APPIANI.—¡Ah, madre!, ¿y usted puede recelar de su hijo? Pero es cierto, hoy estoy más confuso y hosco que de costumbre... Pero tenga en cuenta que *un* paso para llegar a la meta en el fondo es lo mismo que no haber partido todavía... Todo lo que veo, todo lo que oigo, todo lo que sueño en los últimos días me va predicando esta verdad. Precisamente *esta* idea se encadena a cualquier otra que debo y quiero tener. ¿Por qué? No lo entiendo...

CLAUDIA.—Me intranquiliza, señor conde...

APPIANI.—¡Y una cosa se añade a la otra! Estoy irritado, irritado con mis amigos, conmigo mismo...

CLAUDIA.—¿Por qué?

APPIANI.—Mis amigos insisten en que informe de mi boda al príncipe antes de celebrarla. Convienen conmigo en que yo no tengo la obligación de hacerlo, pero añaden que el respeto hacia él lo impone... Y he sido suficientemente débil para prometérselo. Hace un momento todavía quería ir a verle.

CLAUDIA (*atónita*).—¿Al príncipe?

ESCENA NOVENA
Pirro, en seguida Marinelli y los anteriores

PIRRO.—Señora, el marqués de Marinelli está ahí y pregunta por el señor conde.

APPIANI.—¿Por mí?

PIRRO.—Ya está aquí. (*Le abre la puerta y sale.*)

MARINELLI.—Le ruego que me disculpe, señora. Mi señor conde, he ido a su casa y me han dicho que le encontraría aquí. Tengo un encargo urgente para usted... Señora, le repito mis disculpas; es sólo cuestión de unos minutos.

CLAUDIA.—Que yo no quiero alargar. (*Le hace una reverencia y sale.*)

ESCENA DÉCIMA
Marinelli. Appiani

APPIANI.—Usted dirá, señor.

MARINELLI.—Vengo de parte del príncipe.

APPIANI.—¿Qué órdenes trae?

MARINELLI.—Es para mí un gran orgullo ser el portador de gracia tan especial... Y si el conde Appiani no quiere ignorar que soy uno de sus mejores amigos...

APPIANI.—Sin más preámbulos, por favor.

MARINELLI.—¡Pues bien! El príncipe debe enviar en seguida un plenipotenciario al duque de Massa, con motivo de su boda con la princesa, su hija. Ha meditado largamente, a quién debía nombrar. Finalmente la elección ha recaído en usted, señor conde.

APPIANI.—¿En mí?

MARINELLI.—Y —sin querer mostrarme orgulloso de mi amistad— no sin mi colaboración...

APPIANI.—Realmente me pone en un aprieto tenérselo que agradecer... Hacía ya tiempo que no esperaba que el príncipe me hiciera la gracia de solicitar mis servicios.

MARINELLI.—Me ha asegurado que ha sido únicamente por falta de una oportunidad digna. Y si ésta no la considera suficientemente digna de un hombre como el conde Appiani, ciertamente es que mi amistad se ha precipitado.

APPIANI.—No hace más que repetir amistad, amistad. ¿Con quién estoy hablando? Nunca hubiera soñado con la amistad del marqués de Marinelli...

MARINELLI.—Reconozco mi error, señor conde, mi imperdonable error de pretender ser su amigo sin su consentimiento... Pero, en esta ocasión ¿qué importa eso? La gracia del príncipe, el honor que le concede, siguen siendo lo que cuenta y no dudo que aceptará con sumo placer.

APPIANI (*tras una cierta reflexión*).—Sí, claro.

MARINELLI.—Bien, pues vamos.

APPIANI.—¿Adonde?

MARINELLI.—A Dosalo, ahí está el príncipe... Todo está preparado y usted debe partir hoy mismo.

APPIANI.—¿Qué dice usted? ¿Hoy mismo?

MARINELLI.—Y mejor ahora mismo que dentro de una hora. El asunto es de la máxima urgencia.

APPIANI.—¿De veras? Si es así, siento mucho no poder aceptar el honor que me ha querido conceder el príncipe.

MARINELLI.—¿Cómo?

APPIANI.—Hoy no puedo partir... ni mañana... ni tampoco pasado mañana...

MARINELLI.—Estará bromeando, señor conde.

APPIANI.—¿Con usted?

MARINELLI.—¡Incomparable! Si la broma es para el príncipe, todavía es mucho más graciosa... ¿No puede?

APPIANI.—No, señor, no... Y espero que el príncipe mismo aceptará mi disculpa.

MARINELLI.—Estoy en ascuas por conocerla.

APPIANI.—¡Oh, algo sin importancia! Mire usted, hoy mismo me caso.

MARINELLI.—Y... ¿Por eso?

APPIANI.—¿Por eso? ¿Por eso? Su pregunta es extremadamente ingenua.

MARINELLI.—Hay precedentes, señor conde, de bodas que se han aplazado... Ciertamente no creo que eso pueda ser agradable ni para el novio ni para la novia. Incluso puede producir cierta contrariedad. Pero yo creía que la orden del señor...

APPIANI.—¿La orden del señor? ¿Del señor? Un señor al que uno mismo ha escogido, no es propiamente mi señor... Admito que usted deba obediencia ciega al príncipe. Pero no yo... Yo vine a su

corte voluntariamente. Quería tener el honor de servirle, pero no convertirme en su esclavo. Soy vasallo de un más alto señor.

MARINELLI.—Más alto o menos alto, un señor es un señor.

APPIANI.—¡Con usted voy a discutir de eso! Basta. Dígale al príncipe lo que le he dicho..., que lamentado no poder aceptar su gracia, porque precisamente hoy celebro una unión que ha de colmar mi felicidad.

MARINELLI.—¿No quiere hacerle saber al mismo tiempo con quién?

APPIANI.—Con Emilia Galotti.

MARINELLI.—¿Con la hija de esta casa?

APPIANI.—De esta casa.

MARINELLI.—¡Hummm! ¡Hummm!

APPIANI.—¿Cómo dice?

MARINELLI.—Pensaba que así todavía podría haber menos dificultades en aplazar la ceremonia hasta su regreso.

APPIANI.—¿La ceremonia? ¿Sólo la ceremonia?

MARINELLI.—A los buenos de sus padres no les vendrá de un día.

APPIANI.—¿A los buenos de sus padres?

MARINELLI.—Y Emilia le aguardará, sin duda alguna.

APPIANI.—¿Sin duda alguna? De lo que no hay duda es... ¡de que es usted un insolente!

MARINELLI.—¿Cómo se atreve, conde?

APPIANI.—¿Por qué no?

MARINELLI.—¡Por todos los cielos! Hablaremos de eso.

APPIANI.—¡Bah! Malicia tiene el insolente, pero...

MARINELLI.—¡Maldición! Conde, exijo una reparación.

APPIANI.—Por supuesto.

MARINELLI.—Y quisiera que fuese en este momento..., sólo que no tengo ganas de estropearle el día a un novio tan cariñoso.

APPIANI.—¡Qué buen corazón! ¡Nada de eso! ¡Nada de eso! (*Cogiéndole de la mano.*) A Massa realmente no iré hoy como enviado, pero para dar un paseo con usted sí tengo tiempo. ¡Vamos, vamos!

MARINELLI (*se suelta y sale*).—¡Un poco de paciencia, conde, un poco de paciencia!

ESCENA UNDÉCIMA
Appiani, Claudia Galotti

APPIANI.—¡Vete, miserable! ¡Ah! Esto me ha sentado bien. La sangre vuelve a circular por mis venas. Me siento mucho mejor.

CLAUDIA (*deprisa y preocupada*).—¡Por Dios! Señor conde... He oído una fuerte discusión... Tiene el rostro encendido. ¿Qué ha sucedido?

APPIANI.—Nada, señora, absolutamente nada. El camarlengo Marinelli me ha prestado un gran servicio. Me ha eximido de visitar al príncipe.

CLAUDIA.—¿De veras?

APPIANI.—Así podremos partir antes. Voy a buscar a los míos y en seguida vuelvo a estar aquí. Emilia se habrá arreglado entretanto.

CLAUDIA.—¿Puedo estar tranquila, señor conde?

APPIANI.—Completamente tranquila, señora. (*Ella entra y él sale.*)

ACTO TERCERO

La escena representa una antesala del palacio de recreo del príncipe.

ESCENA PRIMERA

El príncipe, Marinelli

MARINELLI.—En vano; ha rechazado el honor que se le concedía con el mayor desprecio.

EL PRÍNCIPE.—¿Así que mantiene sus planes? ¿Sigue adelante? ¿Y así Emilia será suya hoy mismo?

MARINELLI.—Así parece.

EL PRÍNCIPE.—¡Yo que tanto me prometía de su ocurrencia! Quién sabe las insensateces que habrá cometido. Si un necio acierta por una vez a dar un buen consejo, la acción debe llevarla a cabo un hombre sensato. Hubiera debido pensar en ello.

MARINELLI.—¡Ésa sí que es una buena recompensa!

EL PRÍNCIPE.—¿Y por qué debería recompensarle?

MARINELLI.—Por haber estado dispuesto a exponer mi vida en el intento... Cuando he visto que no podía convencer al conde ni con argumentos ni con burlas de que debía anteponer el honor a su amor, he intentado provocarle. Le he dicho cosas que le han insolentado. Ha proferido ofensas contra mí y yo le he exigido una reparación... y se le ha exigido al instante. He pensado: tú a mí o yo a ti. Si yo a él: nos dejaba el campo libre; si él a mí: bueno, en tal caso, él debería huir y el príncipe por lo menos ganaría tiempo.

EL PRÍNCIPE.—¿Estaba dispuesto a hacer esto, Marinelli?

MARINELLI.—¡Ah! Se debería saber de antemano, si uno está dispuesto a sacrificarse por los grandes hasta llegar a la imprudencia... Se debería saber de antemano, cómo le sería reconocido.

EL PRÍNCIPE.—¿Y el conde? Tiene fama de no dejarse decir algo así dos veces.

MARINELLI.—Según por quién, sin duda. ¿Quién se lo puede criticar? Me ha contestado que hoy tenía algo más importante que hacer que partirse la cabeza conmigo. Entonces me ha citado para una semana después de la boda.

EL PRÍNCIPE.—¡Con Emilia Galotti! ¡Esta idea me enfurece! Entonces lo ha aceptado y se ha ido... y viene y se vanagloria de haber expuesto la vida por mí, de sacrificarse por mí...

MARINELLI.—Pero ¿qué más habría podido hacer, señor?

EL PRÍNCIPE.—¿Qué más? ¡Como si hubiera hecho alguna cosa!¹³

MARINELLI.—Pues diga usted, señor, ¿qué ha hecho por sí mismo? Se ha sentido tan feliz de hablarle en la iglesia. ¿Qué ha convenido con ella?

EL PRÍNCIPE (*desdeñoso*).—¡Por curiosidad que no falte! Y me complace satisfacerla... Oh, fue todo a pedir de boca... ¡No hace falta que siga esforzándose, mi servicial amigo! Se mostró medio complaciente con mis pretensiones. Ya hubiera podido llevármela al momento. (*Frío e imperativo.*) Ahora ya sabe lo que quería saber... ¡Puede retirarse!

MARINELLI.—¡Puede retirarse! Sí, sí, éste es el final. Y lo sería aun en el caso de que yo quisiera intentar lo imposible. ¿Lo imposible digo? Tan imposible no sería, ¡aunque atrevido! Si tuviéramos a la novia en nuestro poder, yo me haría responsable de que la boda no se celebre.

EL PRÍNCIPE.—¡Ah! ¡De qué no se haría responsable ése! Sólo faltaría que le confiara el mando de mi guardia personal, prepararía una emboscada en el camino, con cincuenta hombres asaltaría un coche, del que arrancaría a una muchacha y me la traería en señal de triunfo.

MARINELLI.—Alguna vez ha sido secuestrada violentamente una muchacha, sin que haya parecido un secuestro violento.

EL PRÍNCIPE.—Si fuera capaz de hacerlo, no estaría aquí hablando tanto.

MARINELLI.—Pero del resultado no habría que asumir responsabilidades... Podrían surgir contra-tiempos...

EL PRÍNCIPE.—¡Y yo acostumbro a permitir que alguien se haga responsable de cosas que no puede controlar!

MARINELLI.—Así pues, señor... (*Se oye un disparo a lo lejos.*) ¡Ah, qué ha sido eso? ¿He oído bien? ¿No ha oído usted también un disparo, señor? ¡Y ahora otro!

EL PRÍNCIPE.—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

MARINELLI.—¿Qué cree usted? ¿Y si yo fuera más activo de lo que usted cree?

EL PRÍNCIPE.—¿Más activo? Explíquese.

¹³ Cfr. nota 10.

MARINELLI.—En pocas palabras: sucede lo que le he dicho.

EL PRÍNCIPE.—¿Es posible?

MARINELLI.—No se olvide, príncipe, de lo que me acaba de asegurar. Tengo su palabra de nuevo.

EL PRÍNCIPE.—Pero las disposiciones son...

MARINELLI.—¡Las únicas que se podían tomar! Su realización ha sido encomendada a gente en la que puedo confiar. El camino pasa junto a la empalizada del vedado de caza. Allí una parte habrá asaltado el coche, aparentemente para desvalijarlo. Y otra parte, entre los que se encuentra uno de mis criados, acudirá corriendo desde el vedado, aparentemente para ayudar a las víctimas. Durante la refriega que simularán mantener ambas partes, mi criado cogerá a Emilia, como si quisiera salvarla, y a través del vedado la conducirá al palacio. Esto es lo convenido. ¿Qué me dice ahora, príncipe?

EL PRÍNCIPE.—Me sorprende extraordinariamente... Y siento una inquietud... (MARINELLI *se acerca a la ventana.*) ¿Qué está mirando?

MARINELLI.—Por ahí fuera debe de estar... ¡Sí! Y un enmascarado viene a toda prisa desde la empalizada... sin duda para anunciarme el éxito. Aléjese, señor.

EL PRÍNCIPE.—¡Ah, Marinelli!

MARINELLI.—¿Y bien? Ahora he hecho demasiado y antes había hecho poco, ¿no es verdad?

EL PRÍNCIPE.—No es eso, pero no preveo cómo puede acabar todo eso...

MARINELLI.—¿Prever? Mejor actuar de una vez. Rápido, aléjese... Que no le vea el enmascarado. (EL PRÍNCIPE *sale.*)

ESCENA SEGUNDA

Marinelli y poco después Angelo

MARINELLI (*acercándose de nuevo a la ventana.*)—Por allí va el coche lentamente, regresa a la ciudad. ¿Tan lento? ¿Y con un criado en cada puerta? Son señales que no me gustan. A ver si el golpe sólo se habrá logrado a medias..., si trasladan lentamente a un herido... y no a un muerto... El enmascarado ya está aquí... Es el mismo Angelo... ¡El temerario! A fin de cuentas, aquí es él quien mejor conoce los atajos... Me hace una señal. Debe de estar muy seguro de lo que hace... ¡Ah, señor conde, no quería ir a Massa y ahora debe hacer un camino mucho más largo! ¿Quién le enseñó cómo eran los insolentes? (*Dirigiéndose hacia la puerta.*) Ciertamente son maliciosos... ¿Y bien, Angelo?

ANGELO (*quitándose la máscara.*)—¡Alerta, señor camarlengo! ¡Van a traerla en seguida!

MARINELLI.—¿Y cómo ha ido todo?

ANGELO.—Creo que bastante bien.

MARINELLI.—¿Y el conde?

ANGELO.—Pues como me ha ordenado. Pero debía de estar sobre aviso, pues no iba desprevenido del todo.

MARINELLI.—¡Rápido, dime lo que tienes que decirme! ¿Está muerto?

ANGELO.—Lo siento por el buen señor.

MARINELLI.—¡Toma, para tu compasivo corazón! (*le da una bolsa llena de oro.*)

ANGELO.—Además, mi pobre Nicolo ha tenido que pagar el pato.

MARINELLI.—¿Ah, sí? ¿Pérdidas por ambos bandos?

ANGELO.—¡Cuánto lo siento por él, era un buen chico! Aunque su muerte mejora mi parte de eso (*sopesando la bolsa en la mano*). Su cuarta parte me corresponde, ya que soy su heredero, porque le he vengado. Ésta es nuestra ley, la mejor, creo yo, que se ha podido hacer para la fidelidad y la amistad. Ese Nicolo, señor camarlengo...

MARINELLI.—¡Ya basta con tu Nicolo! ¡El conde, el conde!

ANGELO.—¡Rayos! El conde lo había alcanzado y yo, a mi vez, he alcanzado al conde... Ha caído y aunque todavía estaba vivo al llegar al coche, le garantizo que no saldrá vivo de él.

MARINELLI.—Espero que todo eso sea cierto.

ANGELO.—¡Que pierda yo su favor, si eso no es cierto! ¿Tiene algo más que ordenarme? Porque tengo un largo camino por delante; queremos pasar la frontera hoy mismo.

MARINELLI.—Pues vete.

ANGELO.—Si hay algo nuevo, señor camarlengo..., usted ya sabe dónde me puede avisar. Lo que se atreva a hacer otro, tampoco será para mí ninguna brujería. Y yo soy más barato que cualquier otro. (*Sale.*)

MARINELLI.—¡Bien! Pero no del todo. Ese mezquino de Angelo... Aquél bien valía otro disparo... ¡Y cómo debe de sufrir el pobre conde! A eso se le llama ejercer su oficio de forma cruel, Angelo..., y una chapuza. Pero el príncipe no debe saber nada de eso, por ahora. Hasta que descubra por sí mismo el beneficio que puede obtener de esta muerte... ¡Esa muerte! ¡Qué daría yo por estar seguro de ella!

ESCENA TERCERA
El príncipe, Marinelli

EL PRÍNCIPE.—Ahí viene por la avenida. Se apresura por delante del criado. Parece que el temor pone alas en sus pies. Todavía no debe de sospechar nada. Cree que se pone a salvo sólo de unos bandoleros... Pero ¿cuánto puede durar eso?

MARINELLI.—De momento la tenemos aquí.

EL PRÍNCIPE.—¿Y no la buscará su madre? ¿No vendrá tras ella el conde? ¿Qué vamos a hacer entonces? ¿Cómo se la puedo retener?

MARINELLI.—Realmente todavía no tengo respuesta para todas estas preguntas. Pero ya iremos viendo. Tenga usted paciencia, señor. El primer paso debíamos darlo.

EL PRÍNCIPE.—¿Para qué, si luego debemos desandararlo?

MARINELLI.—Tal vez no sea necesario. Hay mil cosas en las que podemos apoyarnos... ¿Olvida usted lo más importante?

EL PRÍNCIPE.—¿Cómo puedo olvidar lo que seguramente todavía no he pensado? ¿Lo más importante? ¿Qué es?

MARINELLI.—El arte de agradar, de persuadir... que nunca le falta a un príncipe que ama.

EL PRÍNCIPE.—¿Nunca le falta? Excepto cuando más lo necesita. Hoy mismo he hecho un pésimo uso de este arte. Con toda suerte de lisonjas y promesas no he podido conseguir ni una sola palabra de ella. Se ha quedado muda y abatida, temblaba como una acusada que está oyendo su sentencia de muerte. Me he contagiado de su temor y también me he puesto a temblar, y he terminado pidiéndole perdón. Apenas me atrevo a volver a dirigirle la palabra... Me falta valor para estar presente, por lo menos cuando entre. La recibirá usted, Marinelli. Yo estaré aquí cerca escuchando cómo reacciona y vendré cuando me haya tranquilizado un poco.

ESCENA CUARTA
Marinelli y poco después su criado Battista con Emilia

MARINELLI.—Si ella misma no le ha visto caer... No lo debe de haber visto, si ha salido corriendo... Viene. Yo tampoco quiero ser lo primero que vea aquí. (*Se retira a un rincón de la sala.*)

BATTISTA.—¡Pase, pase, señorita!

EMILIA (*sin aliento*).—¡Ah! ¡Ah! Gracias, amigo mío, se lo agradezco... Pero, Dios mío, ¿dónde estoy? ¿Y completamente sola? ¿Dónde está mi madre? ¿Y el conde? Me ha dicho que nos seguían, ¿no? Que nos seguían en seguida...

BATTISTA.—Supongo

EMILIA.—¿Supone? ¿No está seguro? ¿No los ha visto? ¿No han disparado incluso detrás de nosotros?

BATTISTA.—¿Disparado? Tal vez...

EMILIA.—¡Seguro! Y han alcanzado al conde o a mi madre...

BATTISTA.—Voy inmediatamente a buscarlos.

EMILIA.—No sin mí. Yo también quiero ir, tengo que ir. ¡Vamos, amigo mío!

MARINELLI (*apareciendo de repente, como si acabara de llegar*).— ¡Ah, señorita! Qué desgracia, o mejor dicho, qué suerte..., qué feliz desgracia nos confiere el honor...

EMILIA (*sorprendida*).—¿Cómo? ¿Usted aquí, señor? ¿Estoy, pues, en su casa? Perdone usted, señor camarlengo. Hemos sido asaltados por unos bandoleros cerca de aquí. Unas buenas personas han venido en nuestra ayuda... y ese hombre de bien me ha sacado del coche y me ha traído hasta aquí. Pero me asusta ver que soy la única que se ha salvado. Mi madre está todavía en peligro. Detrás de nosotros incluso han disparado. Tal vez esté muerta... ¿y yo estoy viva? Perdone usted. Tengo que irme, tengo que volver allí... donde hubiera debido quedarme.

MARINELLI.—Tranquílcese, señorita. Todo está en orden, pronto estarán con usted las personas amadas por las que tan cariñosamente se angustia... Mientras, Battista, ve a ver, apresúrate, tal vez no sepan dónde está la señorita. Tal vez la estén buscando por alguna de las casas del parque. Acompáñalos aquí inmediatamente. (BATTISTA sale.)

EMILIA.—¿Seguro? ¿Están todos sanos y salvos? ¿No les ha pasado nada? ¡Ah, qué día de sobresaltos es éste para mí! Pero no debería quedarme aquí..., debería ir corriendo a buscarlos.

MARINELLI.—¿Para qué, señorita? Si está usted sin aliento, sin fuerzas, lo que debe hacer es reponerse; pase a esta habitación, por favor, donde estará más cómoda. Sin duda alguna, el príncipe ya habrá encontrado a su apreciada y respetable madre y se la traerá aquí.

EMILIA.—¿Quién, dice usted?

MARINELLI.—Nuestro príncipe mismo.

EMILIA (*muy turbada*).—¿El príncipe?

MARINELLI.—A la primera noticia, salió rápidamente en su ayuda. Está profundamente indignado de que se hayan atrevido a cometer semejante delito tan cerca de él, delante de sus propios ojos, como quien dice. Hará perseguir a los malhechores y su castigo, si les apresan, será ejemplar.

EMILIA.—¡El príncipe! Pues, ¿dónde estoy?

MARINELLI.—En Dosalo, el palacio de recreo del príncipe.

EMILIA.—¡Qué casualidad! ¿Y usted cree que él mismo puede llegar en seguida? ¿Pero en compañía de mi madre?

MARINELLI.—Ya está aquí.

ESCENA QUINTA

El príncipe, Emilia, Marinelli

EL PRÍNCIPE.—¿Dónde está? ¿Dónde? La estamos buscando por todas partes, bellísima señorita... ¿Está usted bien? ¡Entonces todo está bien! El conde, su madre...

EMILIA.—¡Ah, señor! ¿Dónde están? ¿Dónde está mi madre?

EL PRÍNCIPE.—Aquí cerca, muy cerca de aquí.

EMILIA.—¡Dios mío! ¿En qué estado voy a encontrarlos, a ella o a él, si los encuentro? Pero sí, los encontraré..., aunque usted me oculta algo, señor..., presiento que me oculta...

EL PRÍNCIPE.—En absoluto, señorita... Déme el brazo, señorita, y acompáñeme sin miedo.

EMILIA (*indecisa*).—Pero... si no les ha ocurrido nada..., si mis presentimientos me engañan..., ¿por qué no están ya aquí? ¿Por qué no han venido con usted, señor?

EL PRÍNCIPE.—Venga, venga, señorita, verá cómo desaparecen todos estos fantasmas de una vez.

EMILIA.—¿Qué debo hacer? (*retorciéndose las manos*).

EL PRÍNCIPE.—Pero señorita, ¿sospecha usted algo de mí?

EMILIA (*postrándose ante él*).—A sus pies, señor.

EL PRÍNCIPE (*levantándola*).—Estoy profundamente avergonzado... Sí, Emilia, merezco este mudo reproche. La forma de comportarme esta mañana no tiene justificación..., como máximo puede ser perdonada. Perdone usted mi debilidad... No hubiera debido intranquilizarla con ninguna declaración de la que no puedo esperar nada. Pero ya he sido castigado con creces con la muda consternación con que me ha escuchado o, mejor dicho, no me ha escuchado... Y este accidente que de nuevo, antes de que mis esperanzas se desvanezcan para siempre..., de nuevo me ofrece el placer de volver a verla y de hablar con usted..., este accidente podría considerarlo como un guiño de una suerte más propicia..., podría considerarlo como el más maravilloso aplazamiento de mi sentencia definitiva, para poder suplicar su gracia. Mi único propósito —no se estremezca, señorita— consiste en estar pendiente de su mirada. Ninguna palabra, ningún suspiro deben ofenderla. Pero no me mortifique con su desconfianza. No dude ni un solo momento del poder más ilimitado que posee usted sobre mí. Nunca se le ocurra pensar que ante mí necesita la protección de otra persona... Y ahora venga, señorita..., ahí encontrará la comodidad que ahora necesita. (*Se la lleva, no sin resistencia.*) Síganos, Marinelli.

MARINELLI.—Síganos... puede significar: no nos siga. ¿Para qué voy a seguirlos? Ya verá lo que puede conseguir de ella a solas. Lo que yo debo hacer es... impedir que sean molestados. Por el conde, espero que no. Pero por la madre, ¡por la madre! Me extrañaría muchísimo que se hubiera ido tranquilamente, dejando a la hija en la estacada... ¡Ah! Battista, ¿qué hay?

ESCENA SEXTA
Battista, Marinelli

BATTISTA (*a toda prisa*).—La madre, señor camarlengo.

MARINELLI.—¡Lo que pensaba! ¿Dónde está?

BATTISTA.—Si usted no se le adelanta, llegará en un momento. Yo no tenía la intención de ir a buscarla, como usted ha aparentado ordenarme, pero de pronto he oído sus gritos desde lejos. Está siguiendo la pista de su hija, y no sólo eso..., ¡de todo nuestro plan! Toda la gente de este apartado paraje se ha congregado en torno a ella y cada uno quiere ser el que le indique el camino. Lo que no sé es si ya le han dicho que el príncipe está aquí, que usted está aquí. ¿Qué va a hacer?

MARINELLI.—¡Veamos! (*Reflexiona.*) ¿No dejarla entrar, si sabe que su hija está aquí? Imposible... Realmente se le saltaran los ojos cuando vea el lobo junto al corderillo... ¿Ojos? Se puede aguantar. ¡Pero que el cielo se apiade de nuestros oídos! Bueno, los mejores pulmones también se agotan, incluso los femeninos. Todas dejan de gritar cuando no pueden más... Por otra parte, es precisamente la madre a la que hay que tener de nuestra parte... Por lo que conozco a las madres..., a la mayoría las halaga convertirse en la suegra de un príncipe... ¡Déjala venir, Battista, déjala venir!

BATTISTA.—¡Escuche, escuche!

CLAUDIA GALOTTI (*entre bastidores*).—¡Emilia! ¡Emilia! ¡Hija mía! ¿Dónde estás?

MARINELLI.—Ve, Battista, y procura alejar a esos curiosos que la acompañan.

ESCENA SÉPTIMA
Claudia Galotti, Battista, Marinelli

CLAUDIA (*aparece en la puerta, mientras BATTISTA hace intención de salir*).—¡Ah, ése es el que la sacó del coche! ¡Ése se la llevó! Te reconozco. ¿Dónde está? ¡Habla, miserable!

BATTISTA.—¿Así me lo agradece?

CLAUDIA.—Ah, si debo agradeceréte, (*en tono más suave*) perdóname, buen hombre. ¿Dónde está?

BATTISTA.—Señora, en la mansión de los bienaventurados no podría estar mejor atendida... Mi señor la acompañará hasta ella. (*Dirigiéndose a la gente que viene detrás.*) ¡Y vosotros, largo de aquí!

ESCENA OCTAVA
Claudia Galotti, Marinelli

CLAUDIA.—¿Tu señor? (*Ve a MARINELLI y retrocede.*) ¡Ah! ¿Ése es tu señor? ¿Usted aquí, señor? ¿Y aquí mi hija? ¿Y usted será el que me acompañará hasta ella?

MARINELLI.—Con mucho gusto, señora.

CLAUDIA.—¡Un momento! Ahora se me ocurre que... ha sido usted, ¿no?, ¿el que ha venido esta mañana a mi casa a ver al conde?, ¿con el que le he dejado a solas?, ¿con el que ha tenido una disputa?

MARINELLI.—¿Disputa? Que yo sepa, no: una insignificante discusión sobre asuntos del príncipe.

CLAUDIA.—¿Y usted se llama Marinelli?

MARINELLI.—Marqués de Marinelli.

CLAUDIA.—Así estoy en lo cierto. Escuche usted, señor marqués... Marinelli ha sido... El nombre de Marinelli ha sido... acompañado de una imprecación... No, no quiero difamar a un hombre noble... sin ninguna imprecación..., la imprecación la he añadido yo... El nombre de Marinelli ha sido la última palabra del conde moribundo.

MARINELLI.—¿Del conde moribundo? ¿Del conde Appiani? Esto, señora, es lo que más me llama la atención de todas sus extrañas palabras. ¿Del conde moribundo? Si quiere decir algo más, no lo comprendo.

CLAUDIA (*amarga y lentamente*).—¡El nombre de Marinelli ha sido la última palabra del conde moribundo! ¿Lo comprende ahora? Al principio yo tampoco lo comprendía, aunque lo ha dicho en un tono..., ¡en un tono! ¡Todavía lo estoy oyendo! ¿Dónde tenía yo la cabeza, para no comprender en seguida ese tono?

MARINELLI.—¿Y bien, señora? He sido amigo del conde desde hace mucho tiempo, su amigo más íntimo. Por eso, si me ha nombrado al morir...

CLAUDIA.—¿Con ese tono? No lo puedo imitar ni lo puedo explicar, pero lo decía todo. ¡Todo! ¿Qué? ¿Bandoleros eran los que nos han asaltado? ¡Asesinos eran, asesinos a sueldo! ¡Y Marinelli, Marinelli ha sido la última palabra del conde moribundo! ¡Y en un tono!

MARINELLI.—¿En un tono? ¿Dónde se ha visto, acusar a un hombre de bien por un tono percibido en un momento de espanto?

CLAUDIA.—¡Ah, si pudiera reproducirlo ante un tribunal, ese tono! ¡Pero, pobre de mí! Con eso me olvido de mi hija... ¿Dónde está? ¿Cómo? ¿También muerta? ¿Qué culpa tenía mi hija de que Apiani fuera tu¹⁴ enemigo?

MARINELLI.—Perdono a la angustiada madre... Venga, señora..., su hija está aquí, en una de las habitaciones contiguas, y seguramente ya se habrá repuesto por completo del susto. Con la más afectuosa atención se está ocupando de ella el príncipe en persona.

CLAUDIA.—¿Quién? ¿Quién en persona?

MARINELLI.—El príncipe.

CLAUDIA.—¿El príncipe? ¿De veras dice usted el príncipe? ¿Nuestro príncipe?

MARINELLI.—¿Cuál, si no?

CLAUDIA.—¡Ahora caigo! ¡Ay, desdichada de mí! ¡Y su padre! ¡Su padre! Maldecirá el día de su nacimiento. Me maldecirá a mí.

MARINELLI.—¡Por todos los cielos, señora! ¿Qué se le ocurre ahora?

CLAUDIA.—¡Ahora está todo claro! ¿No es verdad? ¡Hoy en el templo... ante los ojos de la más pura... en presencia del eterno..., ahí comenzó la jugada! ¡Ahí estalló! (A MARINELLI.) ¡Oh, asesino! ¡Cobarde, vil asesino! ¡Sin el valor necesario para matar con tu propia mano, pero lo bastante indigno para asesinar a fin de satisfacer la voluptuosidad de otro..., para mandar asesinar! ¡La escoria de los asesinos! ¡Los asesinos leales no te aceptarán entre ellos! ¡A ti, a ti! ¡Sí!, ¿por qué no he de escupirte a la cara toda mi amargura, toda mi saña, en una palabra? ¡A ti, a ti! ¡Alcahuete!

MARINELLI.—Está fantaseando, buena mujer. Pero por lo menos modere este salvaje griterío y tenga en consideración dónde está.

CLAUDIA.—¿Dónde estoy? ¿Que tenga en consideración dónde estoy? ¿Qué le importa a la leona, a la que acaban de robar sus cachorros, en qué selva está rugiendo?

EMILIA (*entre bastidores*).—¡Ah, mi madre! ¡Oigo a mi madre!

CLAUDIA.—¿Su voz? ¡Es ella! Me ha oído, me ha oído. ¿Por eso no tenía que gritar? ¿Dónde estás, hija mía? ¡Ya voy, ya voy! (*Entra corriendo en la habitación y MARINELLI la sigue.*)

¹⁴ En el original se repite el cambio de tratamiento; en esta ocasión, como señal de que Claudia pierde el respeto debido a un marqués.

ACTO CUARTO
La misma escena.

ESCENA PRIMERA
El príncipe, Marinelli

EL PRÍNCIPE (*saliendo de la habitación de EMILIA*).—¡Venga, Marinelli! Necesito recuperarme... y que me aclare...

MARINELLI.—¡Oh, qué furiosa estaba la madre! ¡Ja, ja, ja!

EL PRÍNCIPE.—¿Se ríe?

MARINELLI.—Si usted hubiera visto, príncipe, lo enfurecida que se ha puesto la madre, aquí, en esta sala... ¡Ya ha debido de oír sus gritos! Y se ha tranquilizado de golpe cuando le ha visto a usted... ¡Ja, ja! Sé perfectamente que no hay madre que quiera arrancar los ojos a un príncipe, porque éste encuentre bonita a su hija.

EL PRÍNCIPE.—¡Es usted un mal observador! La hija ha caído desmayada en brazos de su madre. Por eso se ha olvidado de su rabia, no por mí. Por respeto a su hija, no a mí, no ha alzado la voz, no ha dicho más claramente... lo que yo mismo prefiero no haber oído ni entendido.

MARINELLI.—¿A qué se refiere, señor?

EL PRÍNCIPE.—¿Para qué fingir? Hablemos claro. ¿Es cierto o no es cierto?

MARINELLI.—¡Y aunque lo fuera!

EL PRÍNCIPE.—¿Aunque lo fuera? Luego, ¿es cierto? ¿Está muerto? ¿Muerto? (*Amenazante.*) ¡Marinelli! ¡Marinelli!

MARINELLI.—¿Y bien?

EL PRÍNCIPE.—¡Por Dios! ¡Por el Dios justiciero, que yo soy inocente de esta sangre! Si me hubiera dicho antes que esto le costaría la vida al conde... ¡No, no! ¡Aunque me hubiera costado mi propia vida!

MARINELLI.—¿Si se lo hubiera dicho antes? ¡Como si su muerte hubiera estado en mi plan! Le había recomendado encarecidamente a Angelo que evitara cualquier daño a nadie. Todo habría sucedido sin la menor violencia, si el conde no se hubiera permitido iniciarla. Fue él quien mató a uno de un tiro sin rodeos.

EL PRÍNCIPE.—¡Ciertamente, debería habérselo tomado a broma!

MARINELLI.—Entonces Angelo montó en cólera y vengó la muerte de su compañero...

EL PRÍNCIPE.—¡Realmente, es lo más natural!

MARINELLI.—Bastante se lo he recriminado ya.

EL PRÍNCIPE.—¿Recriminado? ¡Qué amable! Advértale que si se deja sorprender en mi territorio, puede que mi recriminación no sea tan amable.

MARINELLI.—¡Muy bien! Yo y Angelo; intención y casualidad: da lo mismo. Aunque fue la condición previa, fue pactado previamente que no se me haría responsable de ninguno de los accidentes que se pudieran producir...

EL PRÍNCIPE.—Que se pudieran producir... ¿Pudieran, dice usted? ¿O debieran?

MARINELLI.—¡Cada vez mejor! Pero, señor, antes de que resuma en una sola palabra el concepto que tiene de mí, permítame una reflexión. La muerte del conde me es totalmente indiferente. Yo le había retado, él me debía una reparación; se ha ido de este mundo sin habérmela ofrecido y mi honor queda mancillado. Admitiendo que en otras circunstancias yo pudiera dar lugar a la sospecha que usted abriga contra mí, pero en estas... (*Con afectado furor.*) ¡Quien se atreva a pensar esto de mí...!

EL PRÍNCIPE (*cediendo*).—Bueno, bueno...

MARINELLI.—¡Sólo quisiera que estuviera vivo, que todavía viviera! Por ello daría todo lo que tengo en este mundo..., (*amargamente*) incluso daría por ello la gracia de mi príncipe, esta inestimable gracia que por ningún otro motivo me dejaría perder...

EL PRÍNCIPE.—Entiendo. Bueno, bueno. Su muerte fue un accidente, un puro accidente. Usted me lo asegura y yo me lo creo... Pero ¿quién más? ¿También la madre? ¿También Emilia? ¿También el mundo?

MARINELLI (*frío*).—Difícilmente.

EL PRÍNCIPE.—Y si no se lo creen, ¿qué van a creer? ¿Se encoge de hombros? A su Angelo le van a considerar el instrumento y a mí el culpable...

MARINELLI (*aún más frío*).—Bastante probable.

EL PRÍNCIPE.—¡A mí! ¡A mí mismo! O tendré que abandonar de inmediato mis pretensiones respecto a Emilia...

MARINELLI (*con total indiferencia*).—Lo que también hubiera debido hacer... si el conde todavía viviera.

EL PRÍNCIPE (*colérico, aunque serenándose en seguida*).—¡Marinelli! No me haga perder la calma. Si dice que es así, digamos que es así. Y con ello sólo quiere decir que la muerte del conde es una suerte para mí, lo mejor que me podía pasar, lo único que podía favorecer mi amor. Y siendo así... ¡no importa cómo se haya producido! ¡Un conde más o menos en el mundo! ¿Lo interpreto bien? ¡De acuerdo! Tampoco a mí me asusta un pequeño delito. Pero, amigo mío, en todo caso debe ser un pequeño delito, pequeño, silencioso, eficaz. Y el nuestro no parece precisamente ni silencioso ni eficaz. Tal vez haya limpiado el camino, pero al mismo tiempo lo ha obstruido. ¡Todo el mundo nos lo diría en la cara... aunque no lo hubiéramos cometido! Y todo eso sólo a causa de su sabio y magnífico plan, ¿no?

MARINELLI.—Si usted lo ordena así...

EL PRÍNCIPE.—¿A causa de qué, si no? ¡Exijo una explicación!

MARINELLI.—Se carga más en mi cuenta de lo que corresponde.

EL PRÍNCIPE.—¡Una explicación, le exijo!

MARINELLI.—¡Pues bien! ¿Qué hay que objetar a mi plan? ¿Que la clara sospecha de este accidente recaiga sobre el príncipe? ¿O en la jugada maestra que él mismo tuvo la gracia de añadir a mi plan?

EL PRÍNCIPE.—¿Yo?

MARINELLI.—Permítame que le diga que el paso que ha dado esta mañana en la iglesia —a pesar de todo el comedimiento con que lo ha dado..., a pesar de que inevitablemente debía darlo—, que ese paso no estaba previsto en el baile.

EL PRÍNCIPE.—¿Y qué es lo que ha echado a perder?

MARINELLI.—Ciertamente no todo el baile, pero para empezar el ritmo.

EL PRÍNCIPE.—¡Hummm...! ¿Le entiendo bien?

MARINELLI.—Pues en pocas palabras: al encargarme de la cuestión, Emilia no sabía nada del amor del príncipe, ¿verdad? La madre de Emilia, todavía menos. ¿Y si yo hubiera urdido el plan a partir de esta circunstancia y entretanto el príncipe hubiera minado los cimientos?

EL PRÍNCIPE (*dándose una palmada en la frente*).—¡Maldición!

MARINELLI.—¿Si él mismo ha delatado sus intenciones?

EL PRÍNCIPE.—¡Maldita ocurrencia!

MARINELLI.—Si no las hubiera delatado, ciertamente me gustaría saber de qué parte de mi plan madre o hija podían concebir la más mínima sospecha.

EL PRÍNCIPE.—Pues tiene usted razón.

MARINELLI.—En esto sí que hago mal.... Si me disculpa, señor...

ESCENA SEGUNDA

Battista, El príncipe, Marinelli

BATTISTA (*deprisa*).—La condesa acaba de llegar.

EL PRÍNCIPE.—¿La condesa? ¿Qué condesa?

BATTISTA.—Orsina.

EL PRÍNCIPE.—¿Orsina? ¡Marinelli! ¿Orsina? ¡Marinelli!

MARINELLI.—Me sorprende tanto como a usted mismo.

EL PRÍNCIPE.—Ve, corre, Battista, no la dejes pasar. No estoy aquí. Para ella no estoy aquí. Que regrese al momento. ¡Ve, corre! (BATTISTA *sale*.) ¿Qué quiere esa loca? ¿Cómo se atreve? ¿Cómo sabe que estamos aquí? Tal vez venga a espiar. Tal vez ya se haya enterado de algo... ¡Ah, Marinelli! ¡Diga algo, conteste! ¿Se ha ofendido el que quiere ser mi amigo? ¿Se ha ofendido por una insignificante disputa? ¿Tengo que pedirle perdón?

MARINELLI.—¡Ah, príncipe, en cuanto vuelve a ser usted, vuelvo a estar a su disposición con toda mi alma! La llegada de Orsina es para mí un enigma, igual que para usted. Pero difícilmente admitiré no ser recibida. ¿Qué piensa hacer?

EL PRÍNCIPE.—De ningún modo hablar con ella..., retirarme...

MARINELLI.—Bien, pues rápido. Yo la recibiré...

EL PRÍNCIPE.—Pero sólo para decirle que se vaya... No se deje persuadir por nada que diga. Aquí tenemos otras cosas que hacer...

MARINELLI.—¡Oh, no, príncipe! Esas otras cosas ya están hechas. ¡Anímese! Las que falten se arreglarán solas. Pero, si ya la oigo. ¡Dése prisa, príncipe! Ahí (*señalando un gabinete, hacia el que se dirige* EL PRÍNCIPE), si quiere nos podrá escuchar... Me temo, me temo que no ha venido en el momento más propicio para ella.

ESCENA TERCERA
La condesa Orsina, Marinelli

ORSINA (*sin ver, al principio, a MARINELLI*).—¿Qué es esto? ¿Nadie acude a recibirme, excepto un insolente que incluso pretendía privarme la entrada? Estoy en Dosalo, ¿no? En Dosalo, donde siempre salía a mi encuentro todo un ejército de aduladores; donde me esperaban amor y placeres. El lugar es el mismo, pero ¿cómo es posible? ¡Ah, ahí está Marinelli! ¡Qué bien que haya acompañado al príncipe! No, no tan bien. Lo que tengo que tratar con él, quisiera tratarlo con él solo. ¿Dónde está?

MARINELLI.—¿El príncipe, condesa?

ORSINA.—¿Quién, si no?

MARINELLI.—¿Usted supone que está aquí? ¿Sabe que está aquí? Él, por lo menos, no supone que la condesa Orsina esté aquí.

ORSINA.—¿No? ¿No ha recibido mi carta esta mañana?

MARINELLI.—¿Su carta? Ah, sí, recuerdo que ha mencionado una carta de usted.

ORSINA.—¿Y bien? ¿No le he pedido en mi carta una cita para hoy, aquí en Dosalo? Es cierto que no ha tenido a bien contestarme por escrito, pero me he enterado de que una hora más tarde realmente ha partido hacia Dosalo. He creído que era una respuesta suficiente y he venido.

MARINELLI.—¡Qué extraña casualidad!

ORSINA.—¿Casualidad? Le acabo de decir que lo hemos acordado. Vaya, como si lo hubiéramos acordado. Por mi parte, la carta, por la suya, el hecho. ¡Cómo se queda así, señor marqués! ¡Qué cara pone! ¿Se extraña esa cabecita? ¿De qué?

MARINELLI.—Ayer parecía tener toda la intención de no volver a ver jamás al príncipe.

ORSINA.—Las mejores ideas vienen de repente. ¿Dónde está? ¿Dónde está? Apostaría a que está en la habitación donde he oído un vocerío, un griterío. Quería entrar y el estúpido del criado me lo ha impedido.

MARINELLI.—Queridísima condesa...

ORSINA.—Eran gritos femeninos. ¿A que sí, Marinelli? ¡Oh, dígamelo, dígamelo! Si soy su queridísima condesa... ¡Maldita chusma de cortesanos! ¡Mienten más que hablan! Pero ¿qué importa si me lo dice de antemano o no? Ya lo veré yo misma. (*Hace intención de salir.*)

MARINELLI.—¿Adonde?

ORSINA.—Donde debería estar hace rato. ¿Cree usted oportuno hacer antesala diciendo sandeces con usted, mientras el príncipe me está esperando en su aposento?

MARINELLI.—Se equivoca, condesa. El príncipe no la está esperando. El príncipe no puede hablar aquí con usted..., no quiere hablar con usted.

ORSINA.—¿A pesar de estar aquí..., de estar aquí por mi carta?

MARINELLI.—No por su carta...

ORSINA.—Que él ha recibido, ha dicho usted...

MARINELLI.—Recibido, pero no leído.

ORSINA (*vehemente*).—¿No la ha leído? (*Menos vehemente.*) ¿No la ha leído? (*Triste, secándose una lágrima.*) ¿Ni siquiera la ha leído?

MARINELLI.—Por distracción, no por desprecio.

ORSINA (*con orgullo*).—¿Desprecio? ¿Quién piensa en ello? ¿A mí debe decírmelo? ¡Intenta usted consolarme de forma muy insolente, Marinelli! ¡Desprecio! ¡Desprecio! ¡A mí me van a despreciar! ¡A mí! (*Más suave, hasta alcanzar un tono melancólico.*) Ciertamente ya no me ama. Esto está claro. Y el lugar que ocupaba el amor en su corazón lo ocupa ahora algo diferente. Es natural. Pero ¿por qué precisamente desprecio? Con indiferencia basta. ¿Verdad, Marinelli?

MARINELLI.—Por supuesto, por supuesto.

ORSINA (*con cinismo*).—¿Por supuesto? ¡Ay del sabio al que se le puede hacer decir lo que una quiere! ¡Indiferencia! ¿Indiferencia en lugar de amor? Es decir, nada en lugar de algo. Pues aprenda usted, muñequito cortesano de repetición, aprenda de una mujer que indiferencia es una palabra vacía, un puro eco, que no responde a nada. El corazón sólo es indiferente respecto a aquello en lo que no piensa; sólo respecto a algo que para él no es nada. Y ser sólo indiferente respecto a algo que para él no es nada... equivale a no ser indiferente. ¿Es eso demasiado elevado para ti¹⁵, bobo?

MARINELLI (*para sí*).—¡Pobres de nosotros! ¡Cuán cierto es lo que me temía!

ORSINA.—¿Qué está murmurando?

MARINELLI.—¡Pura admiración! ¿Y quién no sabe, condesa, que es usted una filósofa?

ORSINA.—¿Verdad que sí? Sí, sí, lo soy. Pero ¿se me ha notado ahora que lo soy? ¡Oh, qué vergüenza, haber dejado que se me notara, y si me ha sucedido otras veces! ¿Y todavía me sorprende que el príncipe me desprecie? ¿Cómo puede un hombre amar a una criatura que, a pesar suyo, también quiere pensar? Una mujer que piensa produce las mismas náuseas que un hombre que se maquilla. Reír es lo que debe hacer, nada más que reír, para mantener siempre de buen humor al poderoso señor de la creación. Pero ¿de qué puedo reír ahora, Marinelli? ¡Ah, claro! ¡De la casualidad! Que le escriba al príncipe que venga a Dosalo; que el príncipe no lea la carta y que a pesar de ello venga a Dosalo. ¡Ja, ja, ja! ¡Realmente una extraña casualidad! ¡Qué divertida! ¡Qué graciosa! ¿Y usted no se ríe, Marinelli? Compartir la risa bien puede hacerlo el poderoso señor de la creación, aunque nosotras, pobres criaturas, no tengamos derecho a pensar. (*Seria y en tono imperioso.*) ¡Venga, ríase!

MARINELLI.—¡En seguida, condesa, en seguida!

ORSINA.—¡Torpe! Y con eso perdemos el tiempo. No, no hace falta que se ría. Pero mire usted, Marinelli, (*pasando de la reflexión a la emoción*) lo que tanto me hace reír, también tiene su parte seria..., muy seria. ¡Como todo en este mundo! ¿Casualidad? ¿Considera una casualidad que el príncipe no haya pensado hablar conmigo aquí y que tenga que hablar conmigo aquí? ¿Una casualidad? Créame, Marinelli, la palabra casualidad es una blasfemia. No hay nada de lo que acontece bajo el sol que sea casualidad... y menos todavía aquello cuya intención puede leerse claramente en los ojos. ¡Todopoderosa, divina Providencia, perdóname por haber dicho, con este insensato pecador, que era casualidad lo que es claramente tu obra, e incluso tal vez tu obra directa! (*Impetuosa, a MARINELLI.*) ¡No se le ocurra volverme a inducir a otra blasfemia semejante!

MARINELLI (*para sí*).—¡Esto se pone feo! Pero, condesa...

ORSINA.—¡Basta de peros! ¡Los peros obligan a pensar... y mi cabeza! ¡Mi cabeza! (*Aguantándose la frente con la mano.*) Procure, Marinelli, procure que pueda hablar pronto con el príncipe, de lo contrario tal vez ya no esté en condiciones... Ya ve que debemos hablar, que tenemos la necesidad de hablar...

ESCENA CUARTA

El príncipe, Orsina, Marinelli

EL PRÍNCIPE (*saliendo del gabinete, para sí*).—Tengo que ir en su ayuda...

ORSINA (*le ve pero duda si debe ir a su encuentro*).—¡Ah, ahí está!

EL PRÍNCIPE (*atraviesa la sala, pasa junto a ella, va hacia las otras habitaciones, sin pararse para hablar*).—¡Mira, nuestra bella condesa! ¡Cuánto lo siento, madame, no poder disfrutar hoy del honor de su visita! Estoy ocupado. Tengo visitas... En otra ocasión, querida condesa. En otra ocasión... Ahora no se entretenga más. Sí, no se entretenga... Y a usted, Marinelli, le estoy esperando...

ESCENA QUINTA

Orsina, Marinelli

MARINELLI.—¿Ha oído por sí misma, condesa, lo que no quería creer de mí?

ORSINA (*consternada*).—¿Lo he... lo he oído, realmente?

MARINELLI.—Realmente.

ORSINA (*emocionada*).—«Estoy ocupado. Tengo visitas.» ¿Es ésa toda la excusa que yo merezco? ¿No se echa así a la calle a cualquiera? A cualquier inoportuno, a cualquier mendigo. ¿Para mí no

¹⁵ Orsina repite también el cambio de tratamiento, en el mismo sentido que Claudia en III, 8.

tiene ninguna otra mentira? ¿Ni tan sólo una pequeña mentira para mí? ¿Ocupado? ¿Con qué? ¿Tiene visitas? ¿Quién está con él? ¡Venga, Marinelli, por compasión, querido Marinelli! Dígame una mentira por su propia cuenta. ¿Qué le cuesta una mentira? ¿Con qué está ocupado? ¿Quién está con él? Dígame... dígame lo primero que se le ocurra... y me iré.

MARINELLI (*para sí*).—Con esta condición ya puedo decirle una parte de la verdad.

ORSINA.—¡Venga, rápido, Marinelli, y me voy! Además, el príncipe ha dicho: «¡En otra ocasión, querida condesa!» ¿No lo ha dicho? Para que me mantenga la palabra, para que no tenga excusa para no mantenerme la palabra: rápido, Marinelli, una mentira y me voy.

MARINELLI.—El príncipe, querida condesa, realmente no está solo. Está con unas personas que no puede abandonar ni un momento; unas personas que acaban de pasar un gran peligro. El conde Appiani...

ORSINA.—¿Está con él? Lástima que esa mentira no me la puedo creer. Rápido, dígame otra... Pues al conde Appiani, por si no lo sabe, le acaban de asesinar unos bandoleros. Me crucé con el coche con su cadáver al salir de la ciudad. ¿O no era él? ¿Tal vez sólo lo he soñado?

MARINELLI.—¡Por desgracia, no lo ha soñado! Pero los demás que estaban con el conde han tenido la suerte de poder salvarse y llegar al palacio, a saber, su novia y la madre de la novia, con las que iba a Sabionetta para su feliz unión.

ORSINA.—¿Ah, ellas son las que están con el príncipe? ¿La novia y la madre de la novia? ¿Es bonita la novia?

MARINELLI.—El príncipe siente mucho su desgracia.

ORSINA.—Espero que también lo sentiría si fuera fea. Desde luego, su destino es terrible... Pobre muchacha, precisamente cuando iba a ser tuyo para siempre, te lo arrebatan para siempre... ¿Quién es la novia? ¿La conozco? Hace tanto tiempo que estoy fuera de la ciudad, que no me entero de nada.

MARINELLI.—Es Emilia Galotti.

ORSINA.—¿Quién? ¿Emilia Galotti? ¿Emilia Galotti? ¡Marinelli, no me haga creer que es verdad esa mentira!

MARINELLI.—¿Cómo?

ORSINA.—¿Emilia Galotti?

MARINELLI.—A la que usted no debe conocer...

ORSINA.—¡Sí, claro! Aunque de hoy mismo... ¿En serio, Marinelli, Emilia Galotti? ¿Emilia Galotti es la desafortunada novia a la que el príncipe está consolando?

MARINELLI (*para sí*).—¿A ver si ya le habré dicho demasiado?

ORSINA.—¿Y el conde Appiani era el novio de esta novia? ¿El Appiani que acaban de asesinar?

MARINELLI.—El mismo.

ORSINA.—¡Bravo! ¡Oh, bravo, bravo! (*Aplaudiendo.*)

MARINELLI.—¿Cómo?

ORSINA.—¡Quisiera besar al diablo que le ha inducido!

MARINELLI.—¿A quién? ¿Inducido? ¿A qué?

ORSINA.—¡Sí, besarle, quisiera besarle! ¡Aunque fuera usted mismo, ese diablo, Marinelli!

MARINELLI.—¡Condesa!

ORSINA.—¡Acérquese! ¡Míreme! ¡Directamente a los ojos!

MARINELLI.—¿Y bien?

ORSINA.—¿No sabe lo que estoy pensando?

MARINELLI.—¿Cómo puedo saberlo?

ORSINA.—¿No tiene su parte en ello?

MARINELLI.—¿En qué?

ORSINA.—¡Júremelo! No, no me lo jure. Podría cometer otro pecado... Sí, júremelo. ¡Qué importa un pecado más o menos para quien ya está condenado! ¿No tiene su parte en ello?

MARINELLI.—Me está asustando, condesa.

ORSINA.—¿Seguro? ¿No recela de nada su buen corazón?

MARINELLI.—¿Qué? ¿De qué?

ORSINA.—Bien... Así le voy a decir un secreto... Algo que le hará poner todos los pelos de punta... Pero aquí, tan cerca de la puerta, podrían oírnos... Venga hacia aquí. ¡Y...! (*Poniéndose el dedo sobre los labios.*) ¡Escuche, en secreto, en secreto! (*y acercándosele al oído, como si quisiera hablar en voz baja, pero a voz en grito.*) ¡El príncipe es un asesino!

MARINELLI.—¡Condesa! ¡Condesa! ¿Ha perdido el juicio?

ORSINA.—¿Si he perdido el juicio? ¡Ja, ja, ja! (*riéndose a carcajadas*). Raras veces o nunca he estado tan satisfecha con mi juicio como en este momento... Segurísimo, Marinelli..., pero que quede entre nosotros..., (*en voz baja*) el príncipe es un asesino. ¡El asesino del conde Appiani! ¡No han sido unos bandoleros, sino los cómplices del príncipe, el príncipe lo ha matado!

MARINELLI.—¿Cómo puede decir tal monstruosidad? ¿Cómo puede imaginársela?

ORSINA.—¿Cómo? De la forma más natural... Con esta Emilia Galotti... que está aquí con él... cuyo novio ha tenido que despedirse tan precipitadamente de este mundo... Con esta Emilia Galotti ha estado hablando un buen rato esta mañana en el pórtico de los dominicos. Lo sé; lo han visto mis informadores; y también han oído lo que le ha dicho. ¿Qué me dice ahora, señor? ¿He perdido el juicio? Yo diría que todavía relaciono bastante bien las cosas que están en conexión. ¿O también coincide todo esto por casualidad? ¿También le parece esto casualidad? Oh, Marinelli, entiende usted tan poco de la maldad humana como de la Providencia.

MARINELLI.—Condesa, si habla, le podría costar la vida...

ORSINA.—¿Si lo dijera a otras personas? ¡Mejor, mucho mejor! Mañana iré a pregonarlo en la Plaza Mayor... Y el que me contradiga..., el que me contradiga habrá sido el cómplice del asesino. ¡Adiós! (*Al ir a salir, se encuentra en la puerta con el viejo GALOTTI que entra precipitadamente.*)

ESCENA SEXTA

Odoardo Galotti, La condesa, Marinelli

ODOARDO GALOTTI.—Perdone, señora...

ORSINA.—Yo no tengo nada que perdonar aquí, ya que aquí nada puede ofenderme. Diríjase a ese señor. (*Señalando a MARINELLI.*)

MARINELLI (*al verle, para sí*).—¡Sólo faltaba ése, el viejo!

ODOARDO.—Perdone usted, señor, a un padre que está en la mayor confusión... que pase sin haber sido anunciado.

ORSINA.—¿Padre? (*Se vuelve.*) De Emilia, sin duda. ¡Ah, bienvenido!

ODOARDO.—Un criado ha corrido a mi encuentro con la noticia de que mi familia está por aquí en peligro. He venido a toda prisa y oigo decir que el conde Appiani ha sido herido y ha regresado a la ciudad, que mi esposa y mi hija han encontrado refugio en el palacio... ¿Dónde están, señor? ¿Dónde están?

MARINELLI.—Tranquilícese, coronel. A su esposa y a su hija no les ha pasado nada, aparte del susto. Las dos se encuentran bien. El príncipe está con ellas. Voy en seguida a anunciarle.

ODOARDO.—¿Por qué anunciarme? ¿Por qué debe anunciarme?

MARINELLI.—Por causa... a causa de... por el príncipe. Usted ya sabe, coronel, como están las relaciones entre usted y el príncipe. No son las más amistosas. Por deferente que haya sido la acogida que ha dispensado a su esposa y a su hija... son damas..., ¿considerará oportuna su inesperada presencia?

ODOARDO.—Tiene usted razón, señor, tiene usted razón.

MARINELLI.—Pero condesa, ¿puedo tener antes el honor de acompañarla a su coche?

ORSINA.—¡Oh, no! ¡No!

MARINELLI (*cogiéndola de la mano no sin una cierta dureza*).—Permítame que cumpla con mi obligación.

ORSINA.—¡Despacio! Le eximo de ella, señor. ¡Que la gente como usted siempre tengan que convertir cortesía en obligación! ¿Y cuál no sería su obligación, sino hacer lo menos urgente? ¡Su obligación consiste en anunciar cuanto antes a este hombre honrado!

MARINELLI.—¿Olvida usted lo que le ha ordenado el mismo príncipe?

ORSINA.—Pues que venga y vuelva a ordenármelo. Le espero.

MARINELLI (*en voz baja al coronel, en un aparte*).—Señor, debo dejarle con una dama que... a la que... cuyo juicio... ya me entiende. Se lo digo para que sepa qué pensar de lo que le diga, ya que a veces se le ocurren cosas muy raras. Lo mejor sería que evitase conversar con ella.

ODOARDO.—De acuerdo. Apresúrese, señor.

ESCENA SÉPTIMA

La condesa Orsina, Odoardo Galotti

ORSINA (*tras un breve silencio, durante el cual ha estado observando con compasión al coronel, al igual que éste a ella con una cierta curiosidad*).—Lo que le haya dicho ese... desdichado padre...

ODOARDO (*medio para sí, medio a ella*).—¿Desdichado?

ORSINA.—Seguro que no era verdad, por lo menos ninguna de las que le esperan.

ODOARDO.—¿De las que me esperan? ¿Todavía no sé suficiente? ¡Madame! Pero diga, diga.

ORSINA.—Usted no sabe nada.

ODOARDO.—¿Nada?

ORSINA.—¡Pobre padre! ¡Qué no daría yo para que usted fuera también mi padre! ¡Perdone usted! Pero los desdichados gustan de juntarse con otros en su misma situación. Quisiera compartir lealmente dolor y rabia con usted.

ODOARDO.—¿Dolor y rabia? ¡Madame! Pero olvido... Diga, diga.

ORSINA.—¡Y si fuera su única hija! De hecho, tanto si es única como no... La hija desdichada es siempre la única.

ODOARDO.—¿La desdichada? ¡Madame! Aunque lo que diga esa... Pero, por Dios, así no habla ninguna demente.

ORSINA.—¿Demente? ¿Eso es lo que le ha dicho en secreto? Bueno, tal vez no sea la más tosca de sus mentiras. Lo intuyo. Pero créame, de veras: quien no pierde la razón ante ciertas cosas, es que no tiene ninguna que perder.

ODOARDO.—¡No sé qué pensar!

ORSINA.—¡Que no debe despreciarme! Porque usted también es razonable, buen nombre, usted también... Lo veo en su semblante digno y respetable. Usted también es razonable, pero con sólo una palabra podría dejar de serlo.

ODOARDO.—¡Madame! ¡Madame! Dejaré de serlo antes de que me la diga, si no me la dice pronto. ¡Dígala! ¡Dígala! O no es verdad... no es verdad que usted sea una de aquellas dementes, buenas y merecedoras de nuestra compasión y de nuestra consideración... Es usted una vulgar ilusa. No tiene lo que no ha tenido nunca.

ORSINA.—Pues preste atención. ¿Qué sabe usted, que pretende saber bastante? ¿Que Appiani ha sido herido? ¿Sólo herido? ¡Appiani está muerto!

ODOARDO.—¿Muerto? ¿Muerto? Ah, señora, esto no es lo convenido. Usted ha dicho que me haría perder la razón y lo que hace es partirme el corazón.

ORSINA.—Pues bien. Sigamos. El novio está muerto y la novia, su hija, peor que muerta.

ODOARDO.—¿Peor? ¿Peor que muerta? ¿Pero, al mismo tiempo, también muerta? Porque sólo conozco *un* peor.

ORSINA.—No está muerta al mismo tiempo. No, buen padre, no. Vive, ella vive. Ahora empezará a vivir de veras. ¡Una vida llena de delicias! La más bella y divertida vida de las mil maravillas, mientras dure.

ODOARDO.—¡La palabra, madame, la única palabra que me hará perder la razón! ¡Dígala! No diluya la gota de veneno en un cubo de agua. ¡La palabra, rápido!

ORSINA.—Pues bien, compóngala usted mismo de esas letras. Por la mañana, el príncipe ha hablado con su hija en la iglesia; por la tarde, la tiene en su palacio..., en su palacio de recreo.

ODOARDO.—¿Ha hablado con ella en la iglesia? ¿El príncipe, con mi hija?

ORSINA.—¡En un tono confidencial! ¡Con una pasión! No eran minucias lo que debían acordar. Y muy bien, si lo han acordado, muy bien, si su hija ha buscado refugio aquí voluntariamente. Ya ve usted: así no se trata de secuestro violento, sino tan sólo de un pequeño... de un pequeño asesinato con alevosía.

ODOARDO.—¡Calumnia! ¡Maldita calumnia! Conozco a mi hija. Si es un asesinato con alevosía, también es un secuestro. (*Mira furioso a su alrededor, patalea y echa espumarajos de rabia.*) ¿Y ahora qué, Claudia? ¿Y ahora qué, madremita? ¿No hemos gozado de placeres? ¡Oh, la gracia del príncipe! ¡Oh, el honor especialísimo!

ORSINA.—¿Produce su efecto, buen hombre, produce su efecto?

ODOARDO.—Estoy ante la guarida de los bandidos... (*abriéndose la casaca por ambos lados, se apercibe de que no lleva armas*). ¡Qué extraño, que con las prisas no me haya dejado también las manos! (*Palpándose todos los bolsillos, como buscando algo.*) ¡Nada, nada, en ninguno!

ORSINA.—¡Ah, ya entiendo! ¡En eso sí que puedo ayudarle! He traído uno. (*Sacando un puñal.*) ¡Tome! ¡Tómelo rápido, antes de que nos vea alguien! Todavía tengo otra cosa... veneno. Pero el

veneno es sólo para nosotras, las mujeres, no para los hombres. ¡Tómelo! (*Instándole a aceptarlo.*)
¡Tome!

ODOARDO.—Gracias, gracias... Hija mía, quien vuelva a decir que estás¹⁶ loca, se las verá conmigo.
ORSINA.—¡Escóndalo, escóndalo rápido! Yo... yo no voy a tener ocasión de utilizarlo. A usted no le faltará esta ocasión. Y la aprovechará... a la primera... si es usted un hombre. Yo, yo sólo soy una mujer, pero vine aquí... ¡completamente decidida! Nosotros, buen hombre, nos podemos fiar uno del otro, ya que ambos hemos sido ofendidos y por el mismo seductor. Ah, si usted supiera, si usted supiera cómo, de qué forma tan injuriosa, tan inexpresable e incomprensible me ha ofendido y todavía me ofende... Usted podría... usted olvidaría su propia ofensa. ¿Usted me conoce? Yo soy la engañada Orsina, la abandonada Orsina. Tal vez abandonada sólo por su hija, ciertamente, pero ¿qué culpa de ello tiene su hija? Pronto será ella también abandonada. ¡Y luego otra! ¡Y luego otra! ¡Ah! (*Como extasiada.*) ¡Qué visión celestial! ¡Todas nosotras, todo el ejército de abandonadas... convertidas en bacantes¹⁷, en furias¹⁸, lo tenemos acorralado entre todas, lo desgarramos, lo descuartizamos, revolvemos entre sus entrañas... hasta encontrar el corazón que el traidor nos había prometido a cada una de nosotras y que no dio a ninguna! ¡Ah! ¡Qué espectáculo! ¡Magnífico!

ESCENA OCTAVA
Claudia Galotti, los anteriores

CLAUDIA (*entra mirando a su alrededor y, al ver a su marido, corre hacia él.*)—¡Es cierto! ¡Ah, nuestro protector, nuestro salvador! ¿Estás ahí, Odoardo? ¿Estás ahí? Lo he deducido de sus cuchicheos, de sus gestos. ¿Qué tengo que decirte, si todavía no sabes nada? ¿Qué tengo que decirte, si ya lo sabes todo? Pero nosotras somos inocentes. Yo soy inocente. Tu hija es inocente. ¡Inocente, inocente de todo!

ODOARDO (*intentando dominarse al ver a su esposa.*)—Bien, bien. Tranquilízate, tranquilízate... y respóndeme. (*A ORSINA.*) No, madame, no es que dude de ello... ¿Está muerto el conde?

CLAUDIA.—Muerto.

ODOARDO.—¿Es cierto que esta mañana el príncipe ha hablado con Emilia en la iglesia?

CLAUDIA.—Cierto. Pero si supieras el espanto que le ha causado, lo consternada que llegó a casa...

ORSINA.—¿Qué?, ¿le he mentado?

ODOARDO (*con una risa amarga.*)—¡Tampoco desearía que lo hubiera hecho! ¡En modo alguno!

ORSINA.—¿Estoy loca?

ODOARDO (*yendo furioso de un lado a otro.*)—¡Oh... yo tampoco lo estoy... todavía!

CLAUDIA.—Me has pedido que esté tranquila y lo estoy. Querido, ¿puedo yo... también pedirte...

ODOARDO.—¿Qué quieres tú? ¿No estoy tranquilo? ¿Puede alguien estar más tranquilo que yo? (*Dominándose.*) ¿Lo sabe Emilia que Appiani ha muerto?

CLAUDIA.—No lo puede saber. Pero me temo que lo sospecha, porque no aparece...

ODOARDO.—Y se lamenta y se desespera...

CLAUDIA.—Ya no. Ya se le ha pasado, a su manera, ya la conoces. Es la más temerosa y la más decidida de las mujeres. Nunca puede dominar sus primeras impresiones, pero tras la más breve reflexión lo domina todo, está dispuesta a todo. Mantiene al príncipe a una distancia, habla con él en un tono... ¡Vayámonos en seguida, Odoardo!

ODOARDO.—He venido a caballo. ¿Qué puedo hacer? Pero, madame, ¿usted regresa a la ciudad?

ORSINA.—Exactamente.

ODOARDO.—¿Tendría usted la amabilidad de llevar a mi esposa?

ORSINA.—¿Por qué no? Con mucho gusto.

ODOARDO.—Claudia (*presentándole a la condesa*), la condesa Orsina, una dama muy razonable, mi amiga, mi bienhechora. Ve con ella a la ciudad, para mandarnos el coche. Emilia no puede volver a Guastalla. Vendrá conmigo.

CLAUDIA.—Pero... si sólo... No me gusta separarme de mi hija.

ODOARDO.—¿No estará al lado de su padre? Ya es hora de que haga valer su opinión. ¡Sin objeciones! Venga, señora. (*En voz baja hacia ella.*) Tendrá noticias mías... Ven, Claudia. (*Se la lleva.*)

¹⁶ Aquí el cambio de tratamiento es en el sentido contrario.

¹⁷ Sacerdotisas de Baco, que tomaban parte en las bacanales.

¹⁸ Diosas de la venganza en la mitología romana.

ACTO QUINTO
La misma escena.

ESCENA PRIMERA
Marinelli, El príncipe

MARINELLI.—Aquí, señor, desde esta ventana lo puede ver. Va por el porche de un lado a otro... Parece que va a entrar, viene... No, se vuelve... No está decidido del todo. Pero está mucho más tranquilo... o por lo menos lo parece. Para nosotros da lo mismo. ¡Naturalmente! ¿Se atreverá a decir lo que las dos mujeres puedan haberle metido en la cabeza? Por lo que ha oído Battista, su mujer le mandará en seguida el coche. Ya que él ha venido a caballo... Ya verá como, al aparecer ante usted, le agradecerá con la mayor sumisión a su excelencia la graciosa protección que su familia ha encontrado aquí en ocasión de tan funesto accidente; se pondrán, él y su hija, a su entera disposición; la llevará a la ciudad y esperará con el mayor respeto a que su excelencia tenga a bien interesarse por su desgraciada y amada hija.

EL PRÍNCIPE.—Pero ¿y si no está tan manso? Y es difícil, muy difícil que lo esté. Le conozco bien. Como máximo ahogará su recelo, reprimirá su ira. ¿Y si, en vez de llevar a Emilia a la ciudad, se la lleva consigo..., la retiene... o, en el peor de los casos, la encierra en un convento fuera de mi jurisdicción? ¿Entonces?

MARINELLI.—¡Cuán lejos ve el amor temeroso! ¡Ciertamente! Pero no lo hará...

EL PRÍNCIPE.—¿Y si lo hace? ¿Entonces? ¿De qué nos habrá servido que el desgraciado conde haya perdido la vida?

MARINELLI.—¿De qué sirve esta triste consideración? ¡Adelante, piensa el vencedor, caiga quien caiga a su lado! ¡A pesar de todo! Y aunque ese viejo envidioso tuviera la intención de hacer lo que usted teme, príncipe... (*Reflexionando.*) ¡Esto, ya lo tengo! No irá más allá de la intención. ¡Seguro que no! Aunque no debemos perderle de vista. (*Se acerca de nuevo a la ventana.*) Por poco nos sorprende. Ya viene. Evitémosle un momento todavía y entretanto escuche, príncipe, lo que tenemos que hacer en caso de que él intente lo que usted teme.

EL PRÍNCIPE (*amenazante*).—¡Pero, Marinelli!

MARINELLI.—¡Lo más inocente del mundo!

ESCENA SEGUNDA
Odoardo Galotti

ODOARDO.—¿Todavía no hay nadie aquí? Bien, así podré calmarme un poco más. Me hará bien. No hay nada tan despreciable como un mozalbete airado con el pelo canoso. Tantas veces me lo he repetido y me he dejado arrastrar. ¿Y por quién? Por una celosa; por una loca de celos. ¿Qué tiene que ver la virtud ofendida con la venganza del vicio? Yo sólo tengo que salvar aquélla. Y lo tuyo... hijo mío, hijo mío... Nunca he sabido llorar y ya no tengo ganas de aprender ahora... De lo tuyo se deberá encargar otro. Para mí es bastante, si tu asesino no puede saborear el fruto de su crimen. ¡Que eso le martirice más que el crimen! ¡Que se harte de placeres y placeres hasta la saciedad y el hastío, pero que el recuerdo de no haber disfrutado este placer le amargue todos los otros! ¡Que en cada uno de sus sueños se le aparezca el novio ensangrentado conduciéndole a la novia ante su cama y, en cuanto acerque, a pesar de ello, su libidinosa mano hacia ella, que oiga las risas de escarnio del infierno, y se despierte!

ESCENA TERCERA
Marinelli, Odoardo Galotti

MARINELLI.—¿Dónde estaba, señor, dónde estaba?

ODOARDO.—¿Ha estado aquí mi hija?

MARINELLI.—Ella no, pero sí el príncipe.

ODOARDO.—Le pido disculpas. He ido a acompañar a la condesa.

MARINELLI.—¿Y?

ODOARDO.—¡La buena señora!

MARINELLI.—¿Y su esposa?

ODOARDO.—Ha ido con la condesa... para mandarnos en seguida el coche. El príncipe me permitirá que espere aquí con mi hija.

MARINELLI.—¿Por qué tantas molestias? ¿No habría sido un placer para el príncipe acompañarlas él mismo a las dos, madre e hija, a la ciudad?

ODOARDO.—Por lo menos la hija tendría que haberse privado de este honor.

MARINELLI.—¿Por qué?

ODOARDO.—Ya no volverá a Guastalla.

MARINELLI.—¿No? ¿Y por qué no?

ODOARDO.—El conde ha muerto.

MARINELLI.—Razón de más.

ODOARDO.—Vendrá conmigo.

MARINELLI.—¿Con usted?

ODOARDO.—Conmigo. Ya le he dicho que el conde ha muerto. Por si todavía no lo sabía. ¿Qué más tiene que hacer ahora en Guastalla? Vendrá conmigo.

MARINELLI.—Por supuesto que el futuro lugar de residencia de la hija dependerá únicamente de la voluntad del padre. Aunque de momento...

ODOARDO.—De momento ¿qué?

MARINELLI.—Seguramente tendrá que permitir, coronel, que la lleven a Guastalla.

ODOARDO.—¿A mi hija? ¿Que la lleven a Guastalla? ¿Y por qué?

MARINELLI.—¿Por qué? Considere usted que...

ODOARDO (*acalorado*).—¡Considerar, considerar! Considero que aquí no hay nada que considerar. Ella debe, ella tiene que venir conmigo.

MARINELLI.—¡Oh, señor! ¿Por qué vamos a alterarnos por eso? Es posible que me equivoque, que no sea necesario lo que yo considero necesario. El príncipe es el que mejor sabrá juzgarlo. Que lo decida el príncipe... Voy a buscarlo.

ESCENA CUARTA

Odoardo Galotti

ODOARDO.—¿Cómo? ¡Jamás! ¿Imponerme adonde debe ir? ¿Privarme de ella? ¿Quién lo quiere? ¿Quién puede? ¿El que aquí puede todo lo que quiere? Bien, bien, pues ya verá lo que también puedo yo, aunque tampoco me esté permitido. ¡Qué poco perspicaz, tirano! ¡De ti¹⁹ lo voy a aceptar! Quien no respeta ninguna ley es tan poderoso como el que no tiene ninguna. ¿No lo sabes? ¡Ven, ven!... Pero, cuidado, ya está la ira ocupando de nuevo el lugar del entendimiento. ¿Qué es lo que quiero? En primer lugar tendría que haber sucedido lo que me enfurece. ¡La de habladurías que puede contar un cortesano adulator! ¡Y debería haberle dejado que siguiera! ¡Que me dijera el pretexto que alegan, para que ella tenga que volver a Guastalla! Así me podría preparar yo ahora una respuesta. De hecho ¿a qué pretexto me va a faltar una? Pero, si me falta..., si me falta... Ahí vienen. ¡Tranquilo, viejo mozo, tranquilo!

ESCENA QUINTA

El príncipe, Marinelli, Odoardo Galotti

EL PRÍNCIPE.—Ah, mi querido y leal Galotti, tiene que suceder algo así, para que se deje ver por mi casa. Por cosas de poca importancia no lo hace. Pero no se lo voy a reprochar.

ODOARDO.—Señor, considero que no es pertinente que nadie asedie a su príncipe. A quien él conoce, ya lo hará llamar cuando lo necesite. Incluso en esta ocasión le ruego que me disculpe...

EL PRÍNCIPE.—¡A tantos les recomendaría esa gallarda discreción! Pero vayamos al grano. Estará usted ansioso por ver a su hija. Vuelve a estar intranquila por la súbita separación de su afectuosa madre. De hecho ¿para qué esta separación? Yo sólo esperaba que la gentil Emilia se hubiera recuperado completamente, para llevarlas a las dos triunfalmente a la ciudad. Usted me ha reducido este triunfo a la mitad, pero no dejaré que me prive totalmente de él.

¹⁹ En el original se repite de nuevo el cambio de tratamiento (cfr. nota 14).

ODOARDO.—¡Demasiado honor! Permítame, príncipe, que ahorre a mi desdichada hija todas las aflicciones que le aguardan en Guastalla, toda la compasión y malicia de amigos y enemigos.

EL PRÍNCIPE.—Privarla de las dulces aflicciones de los amigos y de la compasión sería una crueldad. De que no le lleguen las aflicciones de los enemigos y de la malicia, querido Galotti, permítame que me ocupe yo mismo.

ODOARDO.—Príncipe, al amor paterno no le gusta compartir sus penas. Pienso... Sé lo que le conviene a mi hija en las circunstancias actuales... Apartarse del mundo, un convento, tan pronto como sea posible.

EL PRÍNCIPE.—¿Un convento?

ODOARDO.—Hasta entonces puede llorar al cuidado de su padre.

EL PRÍNCIPE.—¿Tanta belleza debe marchitarse en un convento? ¿Puede una sola esperanza truncada hacernos tan irreconciliables con el mundo? Pero sí, claro, nadie puede inmiscuirse en las decisiones del padre. Galotti, lleve a su hija a donde usted quiera.

ODOARDO (*a MARINELLI*).—¿Y bien, señor?

MARINELLI.—¡Si incluso me incita...!

ODOARDO.—No, no, de ningún modo.

EL PRÍNCIPE.—¿Qué hay entre ustedes?

ODOARDO.—Nada, señor, nada. Sólo consideramos cuál de los dos se ha equivocado respecto a usted.

EL PRÍNCIPE.—¿Cómo? Explíquemelo, Marinelli.

MARINELLI.—Siento mucho poner objeciones a la gracia de mi príncipe, pero siendo la amistad la que me obliga a requerirle especialmente como juez...

EL PRÍNCIPE.—¿Qué amistad?

MARINELLI.—Usted sabe, señor, cuánto apreciaba yo al conde Appiani, cuán próximas estaban nuestras almas...

ODOARDO.—¿Lo sabe usted, señor? Pues será el único en saberlo.

MARINELLI.—Que él mismo me confió su venganza.

ODOARDO.—¿A usted?

MARINELLI.—Pregúnteselo a su esposa. ¡Marinelli, el nombre de Marinelli ha sido la última palabra del conde moribundo! ¡Y en un tono, en un tono! ¡Que nunca se apague en mi oído ese tono terrible, si dejo de hacer todo lo posible para que sus asesinos sean descubiertos y castigados!

EL PRÍNCIPE.—Cuenta con mi más decidido apoyo.

ODOARDO.—¡Y con mis más ardientes deseos! Bien, bien, Pero ¿y qué más?

EL PRÍNCIPE.—Eso es lo que le pregunto, Marinelli.

MARINELLI.—Existe la sospecha de que no han sido bandoleros los que han asaltado al conde.

ODOARDO (*cínico*).—¿No? ¿Seguro que no?

MARINELLI.—De que un rival ha querido deshacerse de él.

ODOARDO (*amargamente*).—¿Ah, sí? ¿Un rival?

MARINELLI.—Exactamente.

ODOARDO.—¡Pues que Dios maldiga a ese vil asesino!

MARINELLI.—Un rival, y un rival preferido...

ODOARDO.—¿Qué? ¿Un preferido? ¿Qué dice usted?

MARINELLI.—No digo más que lo que se dice.

ODOARDO.—¿Un preferido? ¿Preferido por mi hija?

MARINELLI.—Seguro que no es cierto. Imposible. Lo niego, a pesar de lo que usted diga. Aunque en tal situación, señor, y a pesar de que cualquier prejuicio, por más fundado que sea, no tiene el más mínimo peso en la balanza de la justicia... En tal situación no podremos evitar que la bella desdichada sea interrogada.

EL PRÍNCIPE.—Sí, claro, claro.

MARINELLI.—¿Y dónde? ¿Dónde puede ser interrogada sino en Guastalla?

EL PRÍNCIPE.—En eso tiene usted razón, Marinelli, en eso tiene razón. Así pues, querido Galotti, eso hace cambiar las cosas. ¿No le parece? Usted ya ve...

ODOARDO.—¡Sí, claro... Veo lo que veo! ¡Dios! ¡Dios!

EL PRÍNCIPE.—Pero ¿qué tiene? ¿Qué le pasa?

ODOARDO.—Que no había previsto lo que estoy viendo. Eso es lo que me irrita, nada más. Pues bien, que vaya a Guastalla. Yo mismo la llevaré a casa con su madre; y hasta que el más severo jui-

cio no la haya declarado inocente no me moveré de Guastalla. Porque, quién sabe... (*con una risa amarga*) quién sabe si la justicia no considerará necesario interrogarme a mí también.

MARINELLI.—Es muy posible. En tales casos es mejor que la justicia haga de más que de menos. Por eso temo que incluso...

EL PRÍNCIPE.—¿Qué? ¿Qué es lo que teme?

MARINELLI.—Que por de pronto no se pueda permitir que madre e hija puedan comunicarse.

ODOARDO.—¿Que no puedan comunicarse?

MARINELLI.—Que sea necesario separar a madre e hija.

ODOARDO.—¿Separar a madre e hija?

MARINELLI.—Madre, hija y padre. De hecho, la forma del interrogatorio exige esa precaución. Y siento mucho, señor, verme obligado a solicitar explícitamente que por lo menos Emilia quede bajo una custodia especial.

ODOARDO.—¿Bajo especial custodia? ¡Príncipe! ¡Príncipe! ¡Aunque, sí, claro, claro! ¡Correcto! Bajo custodia especial! ¿No es así, príncipe? ¿No es así? ¡Oh, qué bien actúa la justicia! ¡Perfecto! (*Se lleva la mano rápidamente hacia el bolsillo en el que tiene el puñal.*)

EL PRÍNCIPE (*acercándosele lisonjero*).—Tranquilícese, querido Galotti...

ODOARDO (*aparte, volviendo a sacar la mano vacía*).—Eso lo ha dicho su ángel.

EL PRÍNCIPE.—Se equivoca, no le entiende bien. Al oír la palabra custodia incluso debe pensar en prisión y calabozo.

ODOARDO.—¡Déjeme que lo piense así y me tranquilizaré!

EL PRÍNCIPE.—¡Ni hablar de prisión, Marinelli! Aquí se pueden hacer coincidir fácilmente el rigor de la ley y el respeto a la virtud inmaculada. Si Emilia debe quedar bajo custodia especial, ya sé la más adecuada. La casa de mi canciller... ¡No ponga objeciones, Marinelli! Ahí la llevaré yo mismo y la pondré bajo control de una de las damas más dignas. Se hará responsable de ella y responderá de ella ante mí... Va demasiado lejos, Marinelli, realmente demasiado lejos, si pretende algo más... Usted, Galotti, usted ya conoce a mi canciller Grimaldi y a su esposa, ¿verdad?

ODOARDO.—¿No he de conocerlos? Conozco incluso a las gentiles hijas de la noble pareja. ¿Quién no los conoce? (*A MARINELLI.*) No, señor, no lo admita. Si Emilia debe quedar bajo custodia, que sea custodiada en el más profundo calabozo. Insista, se lo suplico... ¡Qué estúpido soy con mi petición! ¡Viejo torpe! ¡Y cuánta razón no tiene la buena sibila²⁰: «Quien no pierde la razón ante ciertas cosas, es que no tiene ninguna que perder»!

EL PRÍNCIPE.—No le entiendo... Querido Galotti, ¿qué más puedo hacer? Déjelo así, se lo ruego... ¡Sí, sí, a casa de mi canciller! Ahí debe ir; yo mismo la llevaré. Y si no la reciben con la mayor consideración, habré faltado a mi palabra. Pero no se preocupe... ¡Quedamos en esto, quedamos en esto! Y usted, Galotti, puede hacer lo que quiera. Nos puede seguir a Guastalla, puede volver a Sabionetta, lo que quiera. Sería ridículo, querer imponerle... ¡Bien, adiós, querido Galotti! Venga, Marinelli, se hace tarde.

ODOARDO (*que se había quedado absorto*).—¿Cómo? ¿No puedo hablar ni un momento con mi hija? ¿Ni tan sólo aquí? Lo acepto todo, lo encuentro todo perfecto. La casa de un canciller es, naturalmente, un templo de virtud. Señor, lleve ahí a mi hija, a ninguna otra parte... Pero antes quisiera hablar con ella. Todavía no sabe que el conde ha muerto. No podrá entender, por qué se la separa de sus padres. Para explicárselo con buenas palabras, para tranquilizarla respecto a la separación... debo hablar con ella, señor, debo hablar con ella.

EL PRÍNCIPE.—Bien, pues venga...

ODOARDO.—Oh, la hija también puede venir a ver al padre... Aquí, a solas, será sólo un momento. Por favor, hágala venir, señor.

EL PRÍNCIPE.—¡Pues bien! ¡Oh, Galotti, si usted quisiera ser mi amigo, mi mentor, mi padre!

(EL PRÍNCIPE y MARINELLI *salen.*)

ESCENA SEXTA
Odoardo Galotti

²⁰ Nombre que recibían en la antigüedad clásica las sacerdotisas y otras mujeres a las que se atribuía espíritu profético.

ODOARDO.—(*Siguiéndole con la mirada, tras una pausa.*) ¿Por qué no? Con mucho gusto. ¡Ja, ja, ja! (*Mira furioso a su alrededor.*) ¿Quién se está riendo? ¡Por Dios, creo que era yo mismo...! Así pues... ¡Alegría, alegría! Esto se acaba. ¡De una forma o de otra! Pero... (*Pausa.*) ¿Y si se entendiera con él? ¿Y si no fuera más que la farsa cotidiana? ¿Y si no mereciera lo que voy a hacer por ella? (*Pausa.*) ¿Lo que voy a hacer por ella? ¿Y qué es lo que voy a hacer por ella? ¿Tengo valor para decírmelo? Lo que estoy pensando es algo..., es algo que sólo se puede pensar. ¡Horrible! ¡Tengo que huir! No quiero esperarla. ¡No! (*Al cielo.*) Quien la ha precipitado en este abismo, siendo inocente, que la saque de él. ¿Para qué necesita mi mano? ¡Tengo que huir! (*Se dispone a salir y ve llegar a EMILIA.*) ¡Demasiado tarde! ¡Ah, quiere mi mano, él la quiere!

ESCENA SÉPTIMA
Emilia, Odoardo

EMILIA.—¿Cómo? ¿Usted aquí, padre? ¿Y usted solo? ¿Y mi madre? ¿No está aquí? ¿Y el conde? ¿No está aquí? ¿Y por qué está tan intranquilo, padre?

ODOARDO.—¿Y tú tan tranquila, hija?

EMILIA.—¿Por qué no, padre? O no se ha perdido nada, o se ha perdido todo. Poder estar tranquila, o tener que estar tranquila, ¿no viene a ser lo mismo?

ODOARDO.—¿Y cuál crees que es el caso?

EMILIA.—Que se ha perdido todo... y que tenemos que estar tranquilos, padre.

ODOARDO.—¿Y tú estás tranquila, porque tienes que estar tranquila? ¿Quién eres tú? ¿Una muchacha? ¿Y mi hija? ¿Así el hombre y el padre deberían avergonzarse ante ti? Pero dime, ¿qué quieres decir con todo perdido? ¿Que el conde ha muerto?

EMILIA.—¿Y por qué ha muerto! ¡Por qué! ¿Ah, así es cierto, padre? ¿Así es cierta toda la terrible historia que he leído en los húmedos y terribles ojos de mi madre? ¿Dónde está mi madre? ¿Adonde ha ido, padre?

ODOARDO.—Se ha adelantado... si con todo eso podemos seguirla.

EMILIA.—Cuanto antes, mejor. Pues, si el conde ha muerto, si por eso ha muerto..., ¡por eso! ¿Qué hacemos aquí todavía? ¡Huyamos, padre!

ODOARDO.—¿Huir? ¿Sabes lo que te caería encima?... Estás y te quedarás en las manos de tu raptor.

EMILIA.—¿Me quedaré en sus manos?

ODOARDO.—Y sola, sin tu madre, sin mí.

EMILIA.—¿Yo sola, en sus manos? ¡Jamás, padre! O usted no es mi padre... ¿Yo sola, en sus manos? Bien, déjeme, déjeme... Ya veremos quién me retiene..., quién me obliga..., quién es capaz de obligar a una persona.

ODOARDO.—Pensaba que estabas tranquila, hija.

EMILIA.—Lo estoy. Pero ¿qué significa estar tranquila? ¿Quedarse con los brazos cruzados? ¿Soportar lo que no se debería? ¿Tolerar lo intolerable?

ODOARDO.—¡Ah, si eso es lo que piensas, ven a mis brazos, hija mía! Siempre lo he dicho: la mujer es la obra maestra de la naturaleza. Pero se equivocó en el material; tomó uno demasiado fino. Aparte de eso, todo es mejor en vosotras que en nosotros. ¡Ah, si es así como estás tranquila, también yo recobro mi tranquilidad! ¡Ven a mis brazos, hija mía!... Ten presente que bajo las apariencias de una investigación judicial —¡oh, la bufonada infernal!— te arranca de nuestros brazos y te lleva a casa de los Grimaldi.

EMILIA.—¿Me arranca? ¿Me lleva? ¡Quiere arrancarme, quiere llevarme, quiere, quiere! ¡Como si nosotros no tuviéramos voluntad propia, padre!

ODOARDO.—Yo también estaba tan furioso que ya eché mano a ese puñal (*mostrándolo*) ¡para atravesarle el corazón a uno de los dos..., a los dos!

EMILIA.—¡Por el amor de Dios, padre! Esta vida es todo lo que tienen los perversos. ¡A mí, démelo a mí ese puñal!

ODOARDO.—Hija, eso no es un alfiler de tocador.

EMILIA.—¡Pues un alfiler bien puede convertirse en un puñal!

ODOARDO.—¿Qué? ¿A ese extremo has llegado? ¡Pero no, no! Piensa... También tú tienes sólo *una* vida que perder.

EMILIA.—¡Y sólo *una* inocencia!

ODOARDO.—Que está por encima de cualquier violencia.

EMILIA.—Pero no por encima de cualquier seducción. ¡Violencia, violencia! ¿Quién no puede resistirse a la violencia? La violencia no es nada. La seducción es la verdadera violencia... Por mis venas también corre sangre, padre, una sangre joven y caliente como la de cualquiera. También mis sentidos son sentidos. No respondo de nada. No se puede esperar eso de mí. Conozco la casa de los Grimaldi. Es la casa del placer. Una hora ahí, a la vista de mi madre... y sentí en mi alma tal alboroto que apenas pude apaciguarlo con los más severos ejercicios religiosos durante semanas. ¡Religiosos! ¿Y de qué religión...? ¡Para evitar algo que no era peor, miles y miles se echaron a las olas y son santos! ¡Démelo, démelo a mí ese puñal!

ODOARDO.—¡Si lo conocieras, ese puñal!

EMILIA.—¡Aunque no lo conozca! Un amigo desconocido es también un amigo. Déme, padre, démelo.

ODOARDO.—Si te lo doy... ¡Toma! (*Se lo da.*)

EMILIA.—¡Y toma! (*Al hacer intención de clavárselo, el padre se lo quita.*)

ODOARDO.—¡Mira, con qué rapidez! No, eso no está hecho para tu mano.

EMILIA.—Es cierto, con un alfiler también... (*Se pasa la mano por el pelo, buscando uno, y encuentra la rosa.*) ¿Todavía estás ahí? ¡Fuera! No debes estar en el pelo de una... ¡como mi padre quiere que sea!

ODOARDO.—¡Oh, hija mía!

EMILIA.—¡Oh, padre, si adivinara su intención...! Pero no, eso tampoco lo quiere usted. Pues ¿por qué ha vacilado? (*En tono amargo, mientras va deshojando la rosa.*) Se dice que en otros tiempos hubo un padre que, para evitar la deshonra de su hija, le hundió un puñal en el corazón..., con ello le dio la vida por segunda vez. Pero esos actos son de otros tiempos. ¡Ya no hay padres así!

ODOARDO.—¡Que sí, hija, que sí! (*Clavándole el puñal.*) ¡Por Dios! ¿Qué he hecho? (*Ella se va desplomando y él la toma en brazos.*)

EMILIA.—Ha cortado una rosa antes de que la tormenta la deshojara... Déjeme besar esa mano paterna.

ESCENA OCTAVA

El príncipe, Marinelli, los anteriores

EL PRÍNCIPE (*entrando*).—¿Qué pasa? ¿No se encuentra bien Emilia?

ODOARDO.—¡Muy bien, muy bien!

EL PRÍNCIPE (*acercándose*).—¿Qué veo? ¡Horror!

MARINELLI.—¡Pobre de mí!

EL PRÍNCIPE.—¡Padre cruel! ¿Qué ha hecho?

ODOARDO.—He cortado una rosa, antes de que la tormenta la deshojara... ¿No era así, hija mía?

EMILIA.—No usted, padre... Yo misma..., yo misma...

ODOARDO.—¡Tú no, hija, tú no! No te vayas de este mundo con una mentira. ¡Tú no, hija mía! ¡Tu padre, tu desdichado padre!

EMILIA.—¡Ah, padre...! (*Muere y él la deposita suavemente en el suelo.*)

ODOARDO.—¡Vete en paz! Y bien, príncipe, ¿todavía le gusta? ¿Enciende todavía sus pasiones? ¿Todavía... en ese charco de sangre que clama venganza contra usted? (*Tras una pausa.*) Pero usted está aguardando, a ver cómo acaba todo esto. ¿Espera usted, tal vez, que vuelva el acero contra mí mismo, para culminar mi acto como una tragedia trivial? Se equivoca. ¡Tome! (*Echándole el puñal ante los pies.*) ¡Ahí está el sangriento testimonio de mi crimen! Me voy, voy a entregarme yo mismo. Me voy y le espero como juez... ¡Y luego allí... le espero ante el juez de todos nosotros!

EL PRÍNCIPE (*tras un silencio, durante el cual ha observado el cuerpo con pánico y desesperación, a MARINELLI*).—Levántala... ¿A qué esperas? ¿Vacilas? ¡Miserable! (*Mientras le quita el puñal de la mano.*) No, tu sangre no ha de mezclarse con esta sangre... ¡Vete y ocúltate para siempre! ¡Vete, te digo! ¡Dios, Dios! ¿No es suficiente, para desgracia de algunos, que los príncipes sean personas, que, además, los diablos tienen que simular ser sus amigos?

Fin de la tragedia